

BOLSIUBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

LO QUE OCURRIÓ... ¡ MAÑANA !

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.60

LO QUE OCURRIÓ...
¡MAÑANA!



CURTIS GALAND

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 234

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS —
MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 52.854 — 1974

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: FEBRERO, 1975

© **CURTIS GARLAND** — 1975

texto

© **SALVADOR FABÁ** — 1975

cubierta

*Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.***

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

*Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.***

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

Curtis Garland

LO QUE OCURRIÓ MAÑANA

CAPITULO PRIMERO

MIRÉ de soslayo a Bellamy, antes de mover los controles en la dirección adecuada.

El no estaba mirándome. Ni a mí, ni a los controles; Mí a nada. Había pocas cosas que mirar, allí. Pero él no miraba a ninguna. Creo que sus ojos estaban muy lejos, en ese momento. Fuera de aquellos muros, curvos y blancos.

—Lo siento —dije—. Lo siento mucho, Roy.

Y pulsó los controles en la forma adecuada. El resto lo haría la computadora de a bordo. La ruta, velocidad y demás procesos programados, actuarían de forma automática, apenas el cerebro electrónico estableciese los cálculos alojados, en su memoria.

El me miró en ese momento. De un modo vago, confuso. Como si estuviera a distancias siderales de mí. En otra nave y otra galaxia.

—Claro —dijo, al fin—. Yo, también lo siento, Jerry.

—Hicimos todo lo posible —suspiré—. Más de lo previsto, incluso.

—Lo sé —pareció aproximarse, en poco, más a mí, en mente y espíritu—. Lo cierto es que nunca tuve demasiadas esperanzas, Jerry.

—Yo, sí —me vi obligado a confesar—. Tuve muchas esperanzas en todo momento.

—Ya viste que eran infundadas. Volvemos con las manos vacías. Asentí, arrugando el ceño. El tenía razón. Sin embargo...

No tiene sentido —hablé cansadamente— Ha de estar en alguna parte, Roy.

—Sí, pero, ¿dónde? —se encogió de hombros él, amargamente—. Lo hemos recorrido todo. Y no está. No hay el menor rastro de él. ni de la nave. Es como si no hubieran existido nunca.

—Ha de estar en alguna Darte. No se detectó catástrofe alguna. El último mensaje de Martin fue emitido cuando descendía al cosmódromo. Prácticamente, cuando estaba de vuelta en casa.

—Pero no volvió. Ni se sabe nada de él.

—No pudo sucederle nada, estando ya de regreso. Se hubiera detectado cualquier fallo, la más leve anomalía, Roy. Es un misterio que estamos tratando de aclarar. Y que, por fuerza, llegará a aclararse en breve. Martin tiene que aparecer.

—¿Vivo? —dudó él, mirándome muy fijo.

—Sí —asentí—. Vivo, De eso, estoy bien seguro.

No dijo nada. Seguimos, navegando en el espacio. La trayectoria de la nave había comenzado a ser corregida adecuadamente, par,* emprender la amplia curva del retorno. Hasta entonces, no había el menor rastro de Martin Bellamy y de su nave, en todo el amplio espacio cósmico que habíamos recorrido. Y eran semanas enteras de exploración, las que conducían a ese fracaso final.

Un fracaso que. podía ser definitivo. Especialmente, para Martin Bellamy. Y también para Roy, su hermano.

Le miré disimuladamente, mientras se entretenía en registrar los datos de nuestro vuelo espacial en las bandas magnéticas de la computadora, y corregía pequeñas diferencias entre nuestra ruta y velocidad, con relación a las cifras que iban apareciendo en las pantallas electrónicas situadas ante nosotros.

Estaba desolado. Era un hombre duro y agresivo. No quería revelar sus emociones, pero éstas se acusaban en algunos leves indicios. Le temblaban ligeramente las comisuras de los labios. Sus manes, sobre los tableros de controles, eran más inseguras que de costumbre. Y su mirada tenía un algo insólito, como sí. se sintiera encerrado en aquella blanca y aséptica forma ovoide que era nuestra cápsula espacial, deseando salir al exterior y perderse en las estrellas, buscando a su hermano Martin.

. —¿Qué informe, daremos, al llegar a tierra? —preguntó, de repente.

Cambiamos una mirada. Me mantuve inexpresivo, y traté de contemporizar aún:

—Todavía no hemos llegado. Quizá en el período de regreso.

Jerry, no soñemos —murmuró, melancólico. Sus ojos brillaban, levemente húmedos, bajo el casco con el emblema de los Estados

Unidos y el distintivo de la NASA—, He perdido a Martin definitivamente, y lo sé. No soy una muchacha histérica que vaya a ponerse a llorar. Por eso, seamos sinceros. Mi hermano se dedicó a una profesión arriesgada, ¡o mismo, que tú y que yo. Morir o perderse en el espacio, hasta que la muerte llega, son algunos de los riesgos de este trabajo, y hay que aceptarlos.

—Tienes razón, Roy; Pero, yo no he perdido todavía las esperanzas —le confesé. Y era sincero, en cierto modo

—Tú vives de sueños, Jerry —se lamentó amargamente Roy Bellamy—. No hay la menor posibilidad de dar con él vivo, y lo sabes, Lo supimos siempre, desde que iniciamos esta búsqueda, basándonos solamente en el hecho de que él estaba de regreso. cuando sucedió, y acababa de informar de que los distintivos internacionales del Cosmódromo eran visibles ya bajo su nave, y era cuestión de minutos posarse entierra. Pese a todo eso, no fue detectada la situación de su nave, ni descendió jamás en las pistas. Sencillamente, fue como si se lo hubiera tragado el cielo mismo.

—Martin no es ningún necio ni visionario. Si vio el Cosmódromo, no hay la menor duda sobre ello. Alcanzó el punto adecuado para ello, inició el descenso... y ahí viene el factor enigmático del asunto.

—Jerry, existen alucinaciones comprobadas, cuando uno sufre un mal espacial —me recordó secamente Roy—. Por muy experto astronauta que seas, puedes sufrir esa dolencia en cualquier momento, lo mismo que se padece, en el fondo del mar, «el mal de las profundidades». De modo que eso no prueba nada.

Hubiera querido replicarle, pero callé. Los hechos parecían darle la razón a él, y era preferible no discutir más. Le notaba irritable, y tenía todos los motivos para ello. Pensé en el momento en que tocáramos tierra de nuevo, y tomé la firme decisión de informar a mis superiores sobre la conveniencia de concederle un tiempo de descanso.

Nuestra nave, a elevadísima velocidad, continuaba su maniobra de regreso, a la Tierra, sin la menor novedad en su funcionamiento,. Era cuestión de pocas horas que entráramos de nuevo en órbita terrestre, dejando atrás la vasta extensión estrellada, en cuyas simas misteriosas e insondables de vacío y oscuridad se quedaba, quizá para siempre, una incógnita sin resolver: la desaparición de la

nave. *Centauro* y de su único piloto, Martin Bellamy.

—Estamos llegando, Jerry. Y todo sigue igual, ¿Te convences ahora?.

No dije nada. Apreté los labios, fija la mirada en ja sombra roja de Marte y en la mancha plateada de la Luna, ya cercana a nosotros. Era cuestión de escaso tiempo sobrevolar la Tierra. Y Roy tenía razón. Todo seguía igual. Negativamente igual para nuestras esperanzas.

Entre los desperdicios espaciales que captaban nuestros detectores, no había nada fuera de lo normal: fragmentos de satélites artificiales, naves Cosmos o Intelsat, cápsulas en eterna flotación por los espacios, inútiles y olvidadas ya, como basura celeste. Y poca cosa más. Ni el menor rastro de una catástrofe posible, como la de la cápsula *Centauro*

—Estaba seguro. de ello. —le oí: murmurar, dolorosamente—. Pobre. Martin, pobre. hermano mío. El, que. soñaba con alcanzar grandes. triunfos en su carrera de cosmonauta...

—Todos soñamos con ello, Roy, —traté de argumentar—. Pero como, tú dijiste, los: riesgos existen. siempre: en nuestra, profesión. No; se puede, vivir, de espaldas a, la realidad. i: Y. ésta no es, siempre: tan hermosa ni: romántica como: imaginan los que; no viajan por el espacio,

—Al menos, habrá tenido una hermosa tumba comentó, clavados sus ojos en las estrellas—, La más hermosa y: amplia de todas, Jerry...

Le deje divagar, por penoso que pudiera resultarle. A fin de Cuentas, tenía que, dar suelta de algún modo a. sus emociones,. y ése era un medio como cualquier otro, de sobrellevar el duro; trance. Nunca es fácil una cosa así. ; Yo lo; sabía. Lo sabía muy bien. Roy Bellamy había perdido un hermano. Yo, una esposa. Era diferente, pero venía a tener consecuencias similares. Yo no la. Había perdido en el espacio. Su tumba era pequeña y; vulgar, en un cementerio convencional. Hacía, ya tres años de eso, y no había podido olvidar. Por eso me daba cuenta de lo que era para Roy la pérdida, actual.

Le oí murmurar entre dientes durante algún tiempo, mientras manipulaba los mandos y. corregía datos en la computadora, registrando otros en su memoria electrónica. Era como si hablara

consigo mismo. O con Martin; en un diálogo imposible.

No le interrumpí.

Sólo lo hice cuando me incliné sobre el visor frontal de la nave, y anuncié:

—Ahí está ya, Roy. La Tierra.

Luego descendimos mansamente hacia su superficie azul, envuelta en nubes, espléndida y familiar, en medio de tanto rincón celeste desconocido y extraño.

* * *

La nave *Medusa* penetró en la órbita terrestre, al suelo, envuelto en nubes, vino rápidamente hacia nosotros.

—Mira —dije—. Las señales del Cosmódromo Internacional.

Asintió, con una leve contracción de su rostro. Recordé que, poco más o menos, ésas fueron las últimas palabras de Martin Bellamy, captadas en la estación de seguimiento. Y aunque los sistemas de detección no llegaron a captar la situación exacta de la nave, ni su aproximación a la superficie terrestre, lo cierto es que las palabras póstumas de Bellamy quedaron perfectamente nítidas, registradas y grabadas por los equipos magnéticos de la torre de radio del Cosmódromo.

Pulsé la tecla verde de la conexión de radio, y pedí datos meteorológicos y técnicos a los servicios del Cosmódromo. La voz lejana y monocorde me informó con precisión. Luego, fui interrogado:

—Dé situación exacta, velocidad y demás datos computados.

Lo hice, consultando la pantalla electrónica. Luego, añadí, con voz firme:

—Resultado del vuelo, negativo. Estamos de regreso. Sobrevolamos el Cosmódromo. Las señales aéreas son ya visibles.

Luego, el descenso entró en su fase decisiva, mientras las radiaciones luminosas y sonoras de las torres de señales del Cosmódromo, llegaban a mis ojos y oídos, y también a los registros sensibles de a bordo.

—Si Martin vio y oyó lo mismo que vemos y oímos nosotros, no hay la menor duda, Roy —comenté—. Estaba tan; cerca del suelo terrestre, como: nosotros mismos lo estamos, ahora.

Sí. Y después...¿qué? —fue su pregunta.

No. supe qué responderle. Pero viendo pasar vertiginosamente

las densas masas de nubes de la atmósfera terrestre en torno nuestro no: había muchas; respuestas para dar. Evidentemente, no pudo suceder, nada. Y de haber sucedido hubiese sido captado en tierra, con una nitidez y. precisión absolutas, dada la distancia. a la *nave Centauro*.

Era curioso, pero la radio había enmudecido y. no me transmitían, órdenes para el aterrizaje como era habitual. Moví: el dial de conexión radiofónico, en busca de contacto. Hubo una serie de zumbidos cortos y. sorprendentes antes de que la voz me llegara, nítida, por el altavoz.

—Informe datos de descenso. Nave detectada. con precisión. Recibirá instrucciones...

Le di los datos precisos, y esperé. La misma tranquila voz desgranó las instrucciones para tomar, tierra con facilidad. Ajusté los controles, automáticos a sus datos, y. volamos hacia la Pista Once, que fue la concedida para posarnos en tierra.

Di el visto bueno a todo ello y me dispuse a realizar la maniobra final, tomando suelo firme sin problemas. De, soslayo, observé que una lágrima furtiva corría lentamente por la mejilla de Roy, bajo su escafandra hermética de astronauta, ajustada para, el aterrizaje.

Era un lógico momento de debilidad. En aquel instante, iba a consumirse el último minutó de esperanzas. Cuando tocáramos tierra, sabríamos ambos que nada podía hacerse por hallar a Martin, Habría desaparecido la última posibilidad humana de dar con él, vivo o. muerto.

Respiré hondo. Me concentré en mi tarea. Vi que el también se rehacía, atendiendo a sus propios mandos, gemelos a los míos, por si algo sucedía. Descendimos entre el rugido de nuestros reactores de cola.

Momentos, más tarde, la nave *Medusa* entraba en contacto con el suelo gris y uniforme de la Pista Once del Cosmódromo.

Habíamos llegado. Envueltos en vapores, con una trepidación final T la nave se detuvo. Resoplé, echándome atrás en el asiento, aturdido y sudoroso. No me despojé todavía de mí casco hermético de vuelo espacial, pero traté de mirar a través de los vapores que envolvían la nave.

Finalmente, lo conseguí, clavando mis ojos en las altas. y esbeltas torres del Cosmódromo, en el gigantesco edificio situado al

fondo, aquél donde una majestuosa bandera norteamericana, junto a otra de las Naciones Unidas y una tercera de la NASA ondeaban al cielo, en tamaño inmenso.

Creí que veía visiones. Desorbité los ojos, lanzando una imprecación. Luego aullé, señalando, atónito, hacia las torres y edificios:

—Dios mío. ¿Qué es *eso*? No puede ser cierto.

* * *

Roy Bellamy no se había recuperado del todo.

Estaba sacudiendo la cabeza, tratando de salir del aturdimiento que habitualmente produce la maniobra espacial de regreso a la Tierra, cuando le agité yo el brazo, perentoriamente.

—¡Roy, Roy! —le apremié—. Mira hacia allá, por el amor de Dios, y dime si ves algo. Si es posible que veas lo que yo estoy viendo.

—Jerry, ¿qué diablos te pasa? —se irritó él—. Deja, cuando menos, que me reponga. Todavía no me encuentro demasiado bien.

—Lo comprendo, pero necesito que mires y me digas si yo no estoy loco, o se han vuelto locos todos los demás, durante nuestra ausencia, Roy. Por favor, mira allá fuera y dime que no es posible. Que veo visiones, y que todo continúa tal y como lo dejamos.

—Oh, diablos, Jerry, no logro entenderte, pero veremos qué es lo que pasa. —escudriñó por las ventanillas de la: cápsula, todavía malhumorado y no demasiado lucido—. Creo que, todo está tal y como lo dejamos, maldita sea. Las torres, los gallardetes, las señalizaciones, las pistas, el edificio, las banderas, los... ¡Cielos!

—¿Sí, Roy? —le apremié con voz tensa—. Sigue, sigue. Qué más ves ¿

—No, no es posible —pestañeó repetidamente, se golpeó. el visor plástico de su, casco, como si se hubiera empañado o no le permitiera ver bien el exterior. Eso no puede ocurrir, Jerry. No tiene sentido. ¿Qué, qué pueden pintar ahí...? Eh, Jerry, mira eso...En... en *todas las torres*... Los gallardetes, las banderas, los escudos. ¡Santo Dios, están locos!

—Parece evidente, Roy. O están locos... o lo estamos nosotros —musité con voz ronca—. Pero estamos viendo ambos lo mismo. Esas banderas negras, esos emblemas. Esas, *svásticas*. Esa cruz gamada, repetida por todas partes!. Y en el edificio central... La bandera

nazi, la bandera de la ONU... ¡con la *svástica* encima! Y nuestra bandera, la de los Estados Unidos, Roy... ¡Tiene la cruz gamada en lugar de las estrellas sobre, las barras rojas y blancas!

Nos miramos, asintiendo ambos con la cabeza, estupefactos

Luego, repentinamente, por el altavoz la voz fría e. inexpresiva:

—Ya pueden abandonar la nave. Bien venidos al Cuarto Reich...

CAPITULO II

EL IV Reich.

Era una broma grotesca. Además, no tenía sentido. Y menos aún, llevada a estos extremos.

El Cosmódromo, repleto de gallardetes, de banderas y distintivos nazis. Era como volver a una época pasada, desaparecida para siempre. A nadie se le ocurriría semejante estupidez para recibir a unos astronautas de regreso.

Y aquella voz, fría y metálica, sonando extrañamente grave por la radio de a bordo.

Me sentí irritado. Inclinandome sobre los controles. exigí con aspreza:

—Déjense de bromas. Volvemos sin haber podido hallar a Martin Bellamy, perdido en el espacio. El momento no es el más oportuno para algo semejante.

—¿Broma? —sonó de nuevo la voz—. Señor, ¿a qué se refiere?

—Lo sabe muy bien. Esos gallardetes, esas banderas, esos símbolos. ¿Es que todos se han vuelto locos aquí?

—Estos son *nuestros* símbolos y distintivos, señor. Le he dado la bienvenida al Cuarto Reich, y ahora les, ruego a ambos que salgan de su nave. Este es el Cosmódromo Internacional, y como verán, todo se ha desarrollado sin novedad alguna. En estas cosas nunca se bromea señor, y usted debería saberlo. Vamos, salgan ya. Sabe que forma parte de la rutina. La nave pasará a sermesterilizada de posibles contactos con bacterias del espacio exterior. Y ustedes, también,

Nos miramos Roy y yo, como alucinados. Aquello no tenía explicación posible. Y, como muy bien dijera nuestro comunicante de la torre de control, en esas cosas jamás se bromeaba.

Pero entonces. ¿qué significaban aquellos emblemas y banderas nazis?

—Tal vez... tal vez haya en todo esto una idea de sabotaje. —suspiró apagadamente Roy Bellamy.

—¿Sabotaje?

—Tú sabes cómo ha sido siempre. Hay mucho nuevo nazi en el mundo. Cometen toda clase de actos de violencia. La extrema derecha está haciendo acto de presencia desde que asesinó a los Kennedy, a Luther King, a tantos otros. Son implacables. Puede que hayan dado un golpe de efecto, apoderándose de este. Cosmódromo momentáneamente. No puede ser nada decisivo, sin embargo. El mundo no va a ser tan loco, de dejarse caer otra vez en la locura de un sistema deshumanizado. Alguna célula nazi ha llevado a cabo, este acto, no te quepa duda. Será cosa de unos minutos o de unas horas desalojarlos a todos de este Cosmódromo.

—Pues sí que hemos sido inoportunos en regresar —comenté, malhumorado—. Además, esperemos que todo ello no provoque un caos en los sistemas de vuelos espaciales.

La luz roja centelleó en el tablero de mandos. Era accionada desde el exterior, y significaba que habíamos alcanzado el límite tolerado para permanecer a bordo de la cápsula regresada del espacio. Eso indicaba cuando menos, que los procedimientos en el Cosmódromo continuaban con la rigidez y precisión de siempre.

—Menos mal —suspiré—, Se preocupan de la seguridad de astronautas y del personal en tierra, no hay duda.

—¿Vamos vamos a salir? —musitó Roy, indeciso.

—Me temo que no. hay otra alternativa —asentí, caminando hacia la escotilla de seguridad—. Vamos a salir. y que sea lo que Dios quiera, Roy.

Accioné los resortes de la escotilla. Desde fuera, accionaron el sistema electrónico de cierre, con mecánica precisión. Miré, pensativo, por una de las ventanas ovaladas.

El personal de servicio llevaba el «mono» plástico de siempre, en color blanco o azul, según la especialidad de cada uno. En vez del distintivo de la NASA, lucían un disco negro, con una *svástica* dotada de alas, entre las estrellas. Las siglas eran NSSL, y traté mentalmente de traducirlas a algo coherente.

Sentí un escalofrío.

Respondían demasiado bien a la denominación *National Socialist Spacial Luftwaffe* (1), para no. ser ésa su significación real. Era alucinante imaginar que todo aquello pudiera ser cierto.

Y empezaba a temer que *era* cierto. Inexplicable, pero cierto.

La escotilla se abrió, finalmente. Nos enfrentamos a un grupo de mecánicos, debidamente equipados. Un *jeep* nos esperaba, con el distintivo de Sanidad del Espacio, para conducirnos, como era habitual, a las instalaciones, de descontaminación. Vi soldados de una patrulla militar, con casco y metralleta.

El casco era pardo, y lucía el emblema del nazismo. No vi las siglas USA ni NASA por parte alguna. Tampoco ninguna bandera norteamericana que no luciera la *svástica*, en vez de las estrellas de los Estados Federales de la Unión. Sólo me resultó conocida por las barras rojas y blancas horizontales.

Subimos al *jeep*, contemplados curiosamente por los mecánicos. Algunos sonrieron e hicieron comentarios entre sí, en voz baja, dirigiendo miradas irónicas a nuestras banderas americanas y nuestros distintivos de la *National Aeronautics and Space Administration* o NASA. Traté de ver en sus rostros algunos rasgos teutónicos, pero tanto su lenguaje como su apariencia, era la de norteamericanos normales, como nosotros mismos. Sacudí la cabeza, mientras emprendíamos la marcha, conducidos por dos técnicos; provistos de equipos especiales aislantes.

—No lo entiendo —gruñí.

Miré atrás. Los mecánicos envolvían ya la cápsula en un gran globo plástico, traslúcido, para conducirlo así a la planta de descontaminación de vehículos. Procedían con precisión y eficiencia. No parecían ser advenedizos ni intrusos, guiados por una idea política extremista. Es más: la normalidad en el Cosmódromo era absoluta. No vi más soldados de los que eran precisos para guardar la seguridad mínima del recinto espacial.

Sus uniformes eran del Ejército americano, sin. la menor duda. Sólo sus cascos y sus emblemas me resultaban extraños, inquietantes. Como el recuerdo nefasto de una era ya pasada, y que hablarnos llegado a imaginar superada para siempre.

De súbito, mis ojos se dilataron. Creo que se salieron casi de sus órbitas, ante lo que contemplaron, allá en los límites del Cosmódromo, irguiéndose, gigantescos, bajo la luz del sol.

Eran dos enormes carteles o retratos murales. Dos gigantescas efigies, como sólo en la Alemania nazi, o en la Unión Soviética había descubierto yo, en las fotografías de las grandes concentraciones humanas.

Una de las imágenes era la de un hombre muy rubio, enjuto, de ojos azules y fríos, de expresión glacial y autoritaria, cabellos rapados muy cortos, y uniforme negro y pardo, con la Cruz de Hierro, emblemas svásticos y una gigantesca Cruz Gamada como fondo,

La otra efigie, era la de alguien a quien yo había visto infinidad de veces en fotografías y noticiarios: Adolfo Hitler.

—Dios mío. —murmuré, señalando aquellas dos grandes imágenes—. ¿Qué significa todo esto, Roy? ¿quién será el hombre que está junto a Hitler?

Uno de los conductores del *jeep* escuchó mis palabras. Se volvió, me miró extrañamente, con fijeza, y me informé, escueto:

—Es Alfred von Kaiser, nuestro nuevo Führer.

* * *

El nuevo Führer.

Creo que seguíamos pensando en todo eso, mientras la lluvia anticontaminante nos envolvía, en las instalaciones de esterilización del Cosmódromo. Aquel proceso de limpieza física de posibles gérmenes ó bacterias procedentes de oíros espacios, era algo rutinario para nosotros. Esta vez, sin embargo, tenía mucho de anómalo, de incoherente por completo.

Porque lo cierto es que estábamos con la mente fija en algo muy distinto, en una situación radicalmente opuesta a la de toda nuestra vida anterior. Tras el natural *shock* que pudo causar en Roy la pérdida definitiva de su hermano, se presentaba aquel otro, ocasionado en ambos por la existencia de cosas y hechos que no tenían el menor sentido para nosotros,

El proceso de descontaminación, nos había separado ocasionalmente, para volvernos a reunir de nuevo bajo la ducha antirradiactiva. Pasamos así a la cámara de desinfección, y luego a vestuarios, para salir definitivamente vestidos, con ropas asépticas como lo estaba ahora mismo nuestra piel, libre de toda partícula extraterrestre.

En silencio, subimos al vehículo cerrado que debía conducirnos

a presencia de nuestros superiores en el recinto de Aeronáutica Civil del Cosmódromo. Nos miraron una o dos veces, llenos de preguntas mutuas que no llegamos a formular, quizá, porque nos cohibía la presencia del chófer y su acompañante, en el asiento delantero del coche.

Cuando alcanzamos la rampa de acceso al edificio central, todo seguía siéndonos perfectamente familiar y normal. Todo... excepto los símbolos políticos, las banderas y los distintivos en los uniformes. Había, además, una cierta rigidez militarista en todos los funcionarios, una frialdad mecánica que, sutilmente, llegaba a rozarle a uno de modo ostensible.

En alguna parte, la música ambiental era audible ya para nosotros. Sorprendido, enarqué las cejas, comprobando que Roy hacía otro tanto.

La música transmitida era wagneriana. Apenas si había terminado un fragmento del *Buque Fantasma*, cuando ya la música ambiental atacaba la obertura de *Parsifal*.

—Wagner. —recité, apretando los labios—. Hitler. y el nazismo. Y Alfred von Kaiser, Führer del IV Reich. ¡Es para volverse loco!

La grandiosidad sonora de la obertura wagneriana nos acompañó, como en un sueño obsesivo, propio de los años cuarenta, mientras descendíamos del vehículo y ascendíamos en un ascensor blanco y aséptico, de suave zumbido, hacia la planta destinada a Coordinación de Vuelos Espaciales Civiles.

El nombre figuraba aún sobre la puerta, tal y como yo lo recordaba, en su placa de metal dorado. Pero encima de la inscripción, se había grabado una negra cruz gamada.

Nos miramos Roy y yo, en la amplia antesala, luminosa y límpida, totalmente encristalada y asomada a las pistas amplísimas del Cosmódromo. Una voz mecánica habló por los altavoces:

—Comandante de vuelo Jerry Stark —dijo—. Entre solo y en primer lugar. Espere ahí, piloto Roy Bellamy, a ser llamado por sus superiores.

Miré a Roy y él me miró a mí, como si fuéramos a separarnos por la eternidad. Hubo algo de patetismo en su gesto. Creo que, igual que yo, temía no volver a verme jamás. Era como dividirnos y aislarnos, en un mundo familiar que, sin embargo, se nos antojaba hostil y peligroso.

Pero órdenes eran órdenes. Yo aún era el comandante de vuelos espaciales Jerry Stark, él, un piloto sin graduación, y aquel edificio el de mis superiores. Tenía que aceptar lo que se me ordenaba, aunque todavía no hubiera comprendido nada de todo aquello.

Abrí la puerta. Entré.

Me quedé erguido en el despacho, ante las jóvenes mecanógrafas y los oficinistas de turno. Todo hubiera parecido perfectamente normal, como el despertar de una pesadilla. de no haber mediado aquel gran retrato mural, adherido a la pared, con la fotografía de Alfred von Kaiser, en su negro uniforme, y con sus distintivos nacionalsocialistas.

Debajo, por si había lugar a dudas, en perfecto inglés, pero. con las letras góticas, propias de los pueblos germanos, se leía:

ALFRED VON KAISER, FUHRER DEL IV REICH MUNDIAL
Reich *mundial*... La palabra me golpeó como un mazazo.

Luego, la voz de mi superior, el profesor Kellerman, me hizo volver a la realidad:

—Bien venido, Stark. Ya puede entrar a darme su informe.

Miré a la puerta del despacho del fondo. Allí estaba él. Alto, elegante, con su tez bronceada, sus ojos grises e inteligentes, su sonrisa afable.

Siempre vestía de ciudadano civil. Ahora, no.

Lucía una camisa, negra, pantalón pardo, y distintivos nazis. Su cabello me pareció más blanco que otras veces, y bastante más corto y rígidamente peinado.

—Profesor Kellerman. —saludé, acercándome a él resueltamente—. Estaba deseando verle y tratar de saber, de una vez por todas, qué es lo que.

—Comandante Stark, será mejor que salude militarmente —me sonrió, entre glacial y comprensivo—. Soy si superior, el profesor coronel Kellerman, no lo olvide.

—¿Usted... coronel? —dudé, aturdido—. No puede ser. Nunca fue militar...

—Ahora lo soy, Stark, y eso es lo que cuenta —me escudriñó fríamente—. Bien, pase. Le disculpó de su saludo, por esta vez. Pero procure que no se repita jamás.

Le seguí, como un autómatas. Cerró la puerta tras sí, caminó pausadamente hasta su pesada mesa. Miré tras ella, al muro. Allí

estaba la bandera americana que yo no comprendía. Y a ambos lados, Hitler y Von Kaiser, enmarcados.

—Profesor Kellerman, ¿qué significa esto?, —aullé, exasperado, dando al fin rienda suelta a mis impulsos—. ¿Es que estoy rematadamente loco. o se volvieron dementes todos ustedes, durante mi ausencia?

—Su ausencia. —suspiró Kellerman, mirándome casi compasivo—. Sí, Stark. Me temo que eso es lo que sucede. Hay algo que no es como usted esperaba. Algo que no encaja en su realidad actual. Quizá ahí... ahí tenga una posible respuesta a tanta desorientación.

Señalaba a algo, situado en la pared, a mi espalda. Me volví. Solamente vi un reloj. Y debajo, un calendario eléctrico. Clavé mis ojos en él.

—Cielos. —murmuré.

—Sí, comandante Stark —le oí reír suavemente, entre dientes—. Puede ser un motivo para que no entienda lo que ve. Hubo un desfase, es evidente. Un desfase lamentable, que le hizo volver a destiempo, amigo mío.

Seguía mirando el calendario eléctrico del muro.

Recordaba muy bien la fecha, de mi partida en busca. de Martin, perdido en el espacio: fue un doce de mayo del año 1980.

Ahora, el calendario, días después de nuestra inútil exploración cósmica, señalaba una fecha imposible.

Era el veinte de junio del año. ¡del año 1998!

CAPITULO III

VEINTE de junio de 1998.

Dieciocho años *después* de mi partida. ¡Dieciocho años transcurridos, en un periplo espacial de sólo tres semanas de duración!

Casi a año por día. si aquel calendario funcionaba bien.

—Sí —dijo lentamente Kellerman, como si hubiera leído en mí pensamientos—. El calendario funciona perfectamente, Stark. Estamos justamente, en esa fecha. ¿Lo entiende ahora? .

Me volví a él, estremecido, sintiendo que flaqueaban mis rodillas y temblaban mis manos, repentinamente sudorosas y frías.

—Dios mío. —musité—. No puede haber sucedido esto. Yo... yo sé que no pudieron transcurrir tantos años, profesor.

—El Tiempo es algo tan relativo, fuera de nuestro propio mundo... —se encogió de hombros él, con sonrisa enigmática—. Tal vez atravesaron alguna barrera, sin advertirlo siquiera. Y la elipse del Tiempo se alteró para ustedes dos. y para la nave. Física y mentalmente, han vivido sólo esos días. Pero aquí, ha transcurrido ese período de años. Y ahora, todo le resulta diferente, inexplicable. Como un sueño, podríamos decir.

—Un sueño. Una pesadilla, profesor —dije amargamente, dejándome caer en un asiento.

El me estudiaba pensativamente. Creo que su gesto tenía una dureza desacostumbrada. La voz tampoco era amable cuando habló:

—Tendrá que medir sus acciones, Stark. Permitiré esta i ex ciertas, libertades. Pero recuerde que usted dejó un inundo diferente a este. Las cosas no son corno antes. Ya le avisé de mi graduación militar. Ahora, todos somos militares. Todo ésta militarizado, ¿no se ha dado cuenta?

—Me he dado cuenta de muchas cosas que no en tiendo —repliqué con acritud—. Por ejemplo, esos símbolos, esas banderas, esas cruces, esos retratos increíbles. ¿Qué sucede, profesor? ¿Qué ha pasado en mi mundo, en estos dieciocho años, si es que realmente transcurrieron?

—La respuesta es obvia, Stark —suspiró el profesor Kellerman, sentándose frente a mí, tras su mesa de trabajo. Rebuscó algo, entre sus papeles. Lo alzó, ante mí, mostrándome la primera plana del *New York Herald Tribune*. Leí los titulares, sin creer lo que veía;

¿QUINTO ANIVERSARIO DE LA GRAN VICTORIA NACIONALSOCIALISTA EN EL MUNDO

»Toda Norteamérica celebra el día en que el IV Reich comenzó a gobernar nuestro país. La Gran Sociedad Nazi inicia su máxima era de prosperidad en todos los países. ¡América, por su Führer, Alfred von Kaiser!»,

—Cielos, no. —murmuré, estremecido—. No puede ser real.

—Ocurrió, Stark; Usted no estaba cuando ocurrió. Primero había habido una III Guerra Mundial. Unos y otros quedamos muy diezmados y débiles. Nadie fue un vencedor cierto. Entonces surgió, incontenible, el movimiento político de Von Kaiser. Una sociedad contaminada por las bombas, atómicas, envenenada por la industrialización, ecológicamente desfasada, con una superpoblación que nos llevó a casi los treinta y cinco millones de habitantes en Nueva York, cincuenta en Londres, cuarenta en París. Sin aumentos, sin energía, sin recursos. Parecía el fin del mundo, Stark. Y ellos... ellos lo evitaron.

—¿Los nazis?

—Sí. Lo evitaron, brutalmente, sí se quiere. Pero no había otra solución, O morir todos, o exterminar lo que sobraba.

—Lo que sobraba. ¿Vidas humanas?

—Vidas humanas, industrias, vehículos, movimiento demográfico. Son cinco años solamente, y casi se ha restablecido el equilibrio.

—Sí, pero, ¿cómo?. —quise saber, temiendo la espantosa realidad.

—¿Qué importa eso? —cansadamente, Kellerman se encogió de hombros—. Vamos, comandante Stark, está usted aquí para informar de su vuelo espacial, no para hacer preguntas y más

preguntas. Podrá tener respuestas a todo eso, apenas salga de aquí. Bastará con que visite una hemeroteca oficialmente autorizada. O una filmoteca de noticiarios permitidos por la censura política.

—Hemeroteca autorizada oficialmente, filmotecas con censura política. —cerré los ojos—. Dios mío, ¿qué significa todo eso? Es... es abominable. ¿Se censuran los libros, las películas, los periódicos?

—Todo —asintió Kellerman—. Sólo se permiten publicaciones políticas e ideológicas del Partido. Se quemaron bibliotecas, filmotecas y archivos, por orden directa de los agentes de la SuperGestapo de Von Kellerman. Nada que no sea nacionalsocialista puede sobrevivir a la victoria del Cuarto Reich.

Temblé, pensando en *Fahrenheit 451* de Bradbury. Y en viejos atentados a la cultura, y en tantas otras cosas terribles y premonitorias, que nadie quiso escuchar ni atender.

Ahora, años más tarde, las piezas del viejo rompecabezas se amoldaban unas a otras, formando un conjunto alucinante y oscuro. Y yo formaba parte de él, quisiera o no.

Tras un silencio, me llegó la voz fría e imperturbable del profesor, convertido en alto jefe militar:

Ahora que lo sabe tocio, informe, comandante stark.

Informé con mecánica precisión. Interiormente, estaba seguro de no saber nada, de continuar moviéndome en sombras, en dudas e incertidumbres. Pero sabía también que nada más podía ni debía preguntar. Ahora, mi tarea se limitaba a informar oficialmente de un rutinario viaje espacial de rescate, hecho con resultado negativo. Lo demás, lo que sucedió en el mundo durante mi ausencia, lo que me esperaba. conocer en mi regreso... era inamovible ya. Iba a afrontarlo apenas saliera de allí y tu viera que enfrentarme a algo más que un despacho, un superior jerárquico y unos informes reglamentarios.

Iba a saber si, realmente, en el período de dieciocho años perdidos para Roy Bellamy y para mí, dieciocho años que explicaban el color canoso de los cabellos del profesor Kellerman, que justificaban la existencia de un nuevo orden en la Tierra, las

cosas habían podido desembocar realmente en. en *aquello* apenas vislumbrado desde la nave *Medusa*, desde un *jeep* por las pistas del Cosmódromo Internacional, en unos despachos oficiales, en un periódico que me era tan familiar como el desayuno de huevos con tocino y el café solo.

Informé como ausente, sintiéndome vigilado muy de cerca por aquel hombre que siempre fue un amigo, un colaborador y un camarada leal, y que ahora, quizá al forma parte del sistema policíaco del nazismo, me estaba catalogando mentalmente como... cómo un sospechoso, como un posible enemigo del sistema.

Un hombre que, al enfrentarse con una nueva sociedad que le era desconocida, podía significar, sin duda, un riesgo para ella. Y aunque yo no hubiera vivido ciertas épocas del pasado, las conocía lo bastante por referencias, como para saber que esa sociedad no admitía riesgos, Y cuando éstos existían, los eliminaba sistemáticamente, sin el menor margen a la demencia o a la tolerancia.

Había que ir mentalizándose para ello. Pero sabía que no iba a serme fácil, ni mucho menos: Nadie, habituado a vivir en libertad, puede aceptar la esclavitud ideológica como norma de vida.

Eso, sin embargo, es lo que me esperaba en lo sucesivo. No podía ser de otro modo.

La ciudad.

Resultaba chocante ahora. Desde sus muros, salpicados de negras colgaduras y gallardetes con la cruz gamada, hasta las patrullas militares, rígidas, arma en mano, recorriendo las calles y avenidas como podían hacerlo en el Berlín de 1939 o en la Polonia y la Francia de 1941.

Retratos del Führer von Kaiser y del fundador, Adolfo Hitler, emergían por doquier. Los pasquines eran todos llamativos, una propaganda grandilocuente y masiva, a lo Goebbels, por todos los lugares donde se posaba la mirada.

No vi automóviles apenas. Sólo unos pocos, de matrícula oficial, o con distintivos especiales: «Servicio de Urgencia», «Médicos», «Policía del Estado», «Servicios Técnicos», y cosas así. Ni uno solo realmente turístico, para pasear o para ir al trabajo.

Había poca gente en las calles. En un mundo superpoblado cinco años atrás, parecía imposible tan radical limpieza. Pronto tuve una

respuesta a mis dudas: eran las seis de la tarde, y algunos carteles, firmados por la Policía Militar del Estado Americano Nazi, anunciaban como «hora de queda», con prohibición absoluta para circular, salvo con permiso especial del Gobierno, por cualquier vía urbana.

Leí una frase escalofriante, al final del cartel sellado por la cruz gamada y la firma de un tal «general Brown» del Ejército del IV Reich:

«... Toda violación de estas órdenes, será castigada con el arresto y deportación del infractor o infractores, a un Campo de Concentración Estatal.»

Campos de concentración. El recuerdo de viejos nombres sacudió mi memoria: Buchenwald, Belsen, Auschwitz.

—Cielos. —me detuve, horrorizado, junto a una sinagoga judía del barrio hebreo de la gran ciudad. Perplejo, observé las cruces gamadas y las soeces injurias a los hebreos, sobre los muros. La estrella de David había sido destrozada y cubierta con frases obscenas. Más allá, descubrí unas alambradas, bloqueando los accesos al distrito. Y soldados con, casco y fusil ametrallador. Y rótulos espeluznantes: «Ghetto Urbano Número 3». «No acercarse a las alambradas. «Zona de Depuración Racial».

Sentí náuseas. Y un terror pánico.

Aquella era la ciudad. *Mi ciudad*. Y, de repente, descubría que no se parecía en nada a todo lo que yo recordaba de ella.

Elevé los ojos al cielo. Me encontré con banderas negras ondeando en los rascacielos. Y con retratos del rubio Von Kaiser.

—¿Salvoconducto, por favor?

Volví a. la realidad. El taconeo rígido de los soldados, el seco golpe del saludo militar ante mí, me hizo mirarles, aturdido, como en sueños. Eran cuatro soldados armados, y un oficial de negro uniforme al frente. Lucía una cruz de hierro. Y un emblema especial, con siete espadas y una culebra entrelazándolas.

Vi los ojos claros, celestes y helados, fijos en mí. Llevaba un monóculo a la antigua usanza. Tenía distintivo de capitán.

Busqué en mis ropas. Le tendí el documento que acababa de facilitarme el profesor Kellerman, cuándo terminé de informarle sobre mi vuelo. Lo examinó, mirándome luego escudriñadoramente.

—Astronauta, ¿eh, comandante Stark? —me saludó

militarmente, con rigidez.

—En efecto. Acabo de volver de un largo vuelo espacial.

—Lo supongo. No lleva distintivos del régimen, comandante.

—No, no los llevo. No tuve tiempo de recoger un uniforme a mi medida.

—Es imprudente andar sin sus distintivos, comandante. No debería salir hasta~ tener su nuevo uniforme. ¿Va a alguna parte en concreto?

—No, a ninguna.

—¿Por qué ha venido hasta aquí, en tal caso?

. —Como podía haber ido a cualquier otra parte —le miré con frialdad—. ¿Hay algo malo en ello, capitán? —Este barrio es judío. ¿Simpatiza con ellos?

—No me son particularmente simpáticos ni antipáticos—me encogí de hombros—. Son seres humanos, como los demás.

—No. Como los demás, no —negó, rotundo, como si hubiera dicho una blasfemia. Y su mirada fue claramente hostil—. La ley ordena su control y depuración.

—Ya —apreté los labios—. Todo sigue igual.

—Perdón. Temo no haberle entendido.

—Es igual, capitán. No tiene importancia —miré el *ghetto* alambrado, las fuerzas militares en tomo—, ¿Y el barrio negro, capitán?.

—Es el *ghetto* Número Uno. El más importante, dada la superpoblación de esa raza —habló con evidente desprecio—. ¿Tiene amigos entre ellos?

—No. Pero tampoco tengo enemigos.

—Vale más que no se trate con las razas inferiores, comandante. El régimen es muy estricto en esas cosas. Aunque uno esté al margen de sospechas, no conviene, que la Policía del Estado le vigile o analice su vida con demasiado interés. Es un buen consejo, créame.

—Gracias, capitán —suspiré con frialdad—. Supongo que podré pasear, siempre que lo haga por barrios de asépticos, puros y perfectos seres de raza blanca, ¿no es cierto, capitán?

Y me aleje de!a patrulla con gesto irónico, sin esperar respuesta. En ese mismo instante, oí los gritos y el tableteo de una ametralladora.

Giré la cabeza, angustiado.

Los militares estaban disparando, al tiempo que lanzaban gritos agudos de alerta, a los que ninguno de los cuatro hombres dio respuesta.

Sucedía todo al otro lado, de las alambradas. y los cuatro hombres corrían en dirección a una de ellas, ¡a más alejada, de los soldados, creo que en un esfuerzo desesperado por salir de la zona cercada, del *ghetto* hebreo, vigilado por las patrullas.

Era un esfuerzo tan inútil como trágico. No podía servir de gran cosa, porque los soldados podían manejar sus armas a distancia con suma facilidad. Y sabían utilizarlas eficientemente, de eso no había duda.

Vi saltar, uno a uno, los cuerpos de los hombres. Eran como títeres agitados por el golpe brutal de potentes balas no demasiado ruidosas, de estampido más bien sordo y seco, pero que abrían enormes boquetes en sus ropas y carne. Dos. eran de edad madura, y otros dos, más jóvenes y rápidos. Quizá por eso duraron más. Les vi correr cosa de doce o quince metros de distancia, tras caer sus compañeros de más años. Luego... aparté los ojos, horrorizado.

Nunca ha sido agradable ver cráneos reventados por balas de grueso calibre. Y eso era lo que estaba viendo ahora ante mí. Dos muchachos jóvenes, alcanzados por los proyectiles de tiradores especializados, como aquellos militares de camisas negras y pardos pantalones, correa je charolado, rostros inescrutables y fríos ojos, que desconocían la clemencia.

Me apoyé en una esquina, sintiendo náuseas. Un cuerpo joven se agitó aún sobre el enrojecido asfalto, más allá de las alambradas. Un soldado nazi apunto con su arma huméame, y apretó el gatillo. Creo que temblé al mismo tiempo que temblaba el cuerpo del herido, cuando los disparos le¹ sacudieron en tierra, haciéndole dar un bailoteo grotesco y cruel, que, cribó su carne y enrojeció con más virulencia el asfalto y las ropas salpicadas de enormes boquetes deshilachados, allí donde penetraron los macizos proyectiles explosivos.

Terminaron quedándose quietos, convertidos en piltrafas humanas. El soldado, satisfecho, bajó el arma. Otro se acercó a mí, con aire preocupado, y le vi su metralleta especial, muy chata y

liviana, pero sin duda muy potente y eficaz cuando se manejaba bien, tal y como había podido ser testigo momentos antes, en la veloz matanza.

—¿Se encuentra bien, comandante? —fue su pregunta—, ¿Tal vez está enfermo, herido.?

—Creo. creo que estoy enfermo —dije, con un jadeo ronco—. Acabo de volver de un largo viaje espacial. No he terminado de adaptarme al suelo firme, soldado.

Aceptó mi excusa con evidente convicción. A su fría mente militarizada, modelada por las doctrinas del nacionalsocialismo, era obvio que no se le pasaba, ni de lejos, la posibilidad de que un acribillamiento de seres humanos, a sangre fría, pudiera afectar a un hombre con grado militar y permiso especial de circulación en horas prohibidas.

El oficial que me abordara antes se ocupaba ahora, excitado, de dar órdenes a sus hombres en torno al *ghetto* anteriormente desierto, y salpicado ahora de cadáveres y de sangre.

La puerta pesada de la sinagoga judía, se abrió en ese instante. Un hombre con ropas de religioso ortodoxo, apareció en el umbral. Contempló la trágica escena, y musitó entre dientes algunas palabras, acaso una triste oración por los difuntos. Luego, volviéndose a los soldados, elevó la voz, angustiado:

—¿Es éste el modo de imponer el orden? ¿Se preserva la ley matando a mansalva?

El oficial se acercó, replicando, tajante:

—La culpa de todo la tuvieron ellos. No podían salir a estas horas, y lo sabían. Menos aún, cruzar el *ghetto* por un sector alambrado. No hay duda de que eran miembros del Movimiento Mabuse. Terroristas y. rebeldes. De modo que están bien como están.

—Nadie está bien, cuando le matan las balas de los soldados —replicó el cura—. Es un crimen disfrazado de legalidad. Eran sólo judíos. Amantes de su libertad y su derecho. ¿Eso es un delito, capitán?

—Empieza a serlo su modo de hablar —silabeó, cernirá, el oficial nazi—. Vuelva a su templo y rece a su Dios, que es su obligación. Si se mezcla en cuestiones políticas legales puede acabar mal, pese a sus hábitos.

—¿Qué importa que caiga uno más? —se encogió él de hombros—. Todo es mejor que vivir indignamente, sometido a la esclavitud y el terror, capitán.

—¡Basta! —cortó agriamente el oficial—. Una sola palabra más, y le conduciré al Centro de Depuración más próximo. Allí, su condición de sacerdote no va a servirle de mucho, ante ciertos cargos y. ¡Eh, cuidado! ¡Maldito cura! ¡Ved, allí! ¡Esos dos se escapan!

El sacerdote, hábilmente, estaba cubriendo con su fi gura, distrayendo con su charla, la acción que el capitán acababa de descubrir en un punto de la calle, más allá de las fatídicas alambradas.

Eran dos personas: un hombre y una mujer. Jóvenes ambos. Esbeltos, sumamente ágiles. Trataban de cruzar la amplia calzada, llegar a una de las alambradas, salvarla hacia el exterior, donde no había patrullas armadas. En suma: escapar del siniestro *ghetto* donde eran corno alimañas apresadas en un alucinante zoológico.

Tres o cuatro soldados alzaron sus chatas metralletas grises, para barrerles a balazos. Eran un blanco perfecto.

El hombre joven era alto y de largas piernas. La muchacha, aunque vestía pantalón, llevaba, su cabello rojizo suelto, en melena agitada, y sus formas femeninas eran inconfundibles.

Eran dos seres llenos de vida. Dos personas que luchaban por la más elemental necesidad del hombre: su derecho a ser libre. Dentro de un momento, serían dos cadáveres más, desangrándose sobre el asfalto de aquella calle alambrada.

Por un fugaz instante, el rostro de la muchacha se: volvió hacia donde yo estaba. El soldado situado junto a mí, alzaba ya su propia: metralleta para dispararla sobre ella y su compañero de subversión,

Durante una fracción de segundo, vi un rostro hermoso y lívido, unos ojos verdes, enormemente abiertos, una boca de gesto patético.

No sé lo que pasó por mí. Ellos seguían corriendo. Las armas automáticas iban a rugir, acribillando sus figuras recortadas contra el gris de la ciudad neblinosa saturada de humos y brumas, quizá consecuencia del caos ecológico mundial.

No sé porqué lo hice. Pero lo hice.

Arranqué la metralleta de manos del soldado, derribando a este

de un seco directo al mentón. Luego comencé a disparar...

CAPITULO IV

UNO, dos, tres, cuatro, cinco soldados.

Saltaron como peleles. Sus cascos de acero volaron, sus armas crepitaron estérilmente, apuntadas hacia el vacío. Sus cuerpos rebotaron en los muros, dejando regueros de roja sangre en ellos.

El oficial, horrorizado, me contemplaba, sin entender. Al ver el giro de mi arma, arrojó su pistola y se tiró de bruces, dando a entender que no opondría resistencia, Yo no era uno de ellos. No apreté el gatillo contra un enemigo inerme. Seguí disparando, disparando siempre, rabiosamente, con furia exasperada.

En medio de aquella calzada de alambrados accesos, un hombre y. una mujer, perfectamente desconocidos, me contemplaron durante unos segundos, estupefactos. Otros soldados huyeron, en busca de refugio, pero les cacé antes de qué pudieran coserme a mí a balazos, desde cualquier esquina o parapeto. No sentí demasiados escrúpulos de conciencia cuando vi sus cuerpos uniformados brincar, con impactos desgarradores de bala enrojeciendo el negro y pardo de sus odiados uniformes.

Odiados. ¿Realmente *odiaba* yo a aquellos hombres que se me antojaban tan extraños y distantes a mí como si pertenecieran a otra galaxia y a otro mundo remoto?

Creo que nunca había sentido odio hacia nadie, hasta entonces. Nunca experimenté una aversión que me condujera a matar, a destruir vidas ajenas con aquella frialdad tremenda y sobrecogedora, que me impulsaba a apretar y apretar el gatillo inflexiblemente. .

No pude contar las víctimas que mi arma producía. Yacían allí. Inmóviles o agitándose en su sangre pero me era igual. No las conté. Creo que ni siquiera quise hacerlo. ¿Qué más daban una que

cien? Es lo malo de la colectividad, sea social, policial o militar. No se cuentan los individuos. El hombre deja de valer algo.

Luego, repentinamente, mientras la pareja joven, hebrea sin duda, al otro lado de las alambradas, corría exasperadamente, en busca de algo que yo no sabía bien lo que era, me di cuenta de que había trazado un círculo de muerte en torno mío. Y que las represalias no se harían esperar.

Por eso eché a correr yo también. Repentinamente, sin una vacilación siquiera. Sin soltar el arma automática, que humeaba entre mis manos. Salvé la alambrada, aunque sentí que me desgarraban los espinos en el tejido de mi pantalón, en mis botas, en mi carne, hasta saltar la sangre, goteando sobre el suelo. Nada me detuvo. Nada, en realidad, podía detenerme ya.

Rodé por el otro lado de las alambradas, y, desde el suelo, observé cómo dos soldados se apresuraban a asomar, agazapados, con sus armas en ristre. Sin incorporarme, apreté el gatillo. Las balas, pesadas, contundentes, les alcanzaron antes de que los salivazos de fuego de sus sordas armas me dieron alcance a mí. Sentí saltar el asfalto, en duros terrones grises, entre mis piernas, cuando los proyectiles batieron cerca de mi cuerpo. Pero ninguno me alcanzó.

—¡Por aquí, por aquí! —me gritó una voz aguda.

Giré la cabeza, haciendo rugir el arma entre mis manos, casi sin poder impedir sus saltos espasmódicos, a medida que vomitaba balas. Protegiéndome de este modo, miré atrás.

Era ella.

La muchacha pelirroja, haciéndome señas... desde una esquina, donde habían alzado una tapa de metal. La boca de unas alcantarillas. El muchacho, metido medio cuerpo en el hueco, agitaba sus brazos, tirando de la chica. También me hizo señas a mí.

Me incorporé a medias. Agazapado, en escorzo violento mi cuerpo, corrí, sin cesar de disparar. No sé si para cubrirme de los soldados de camisa negra y correa charolado, o para impedir que asomara y descubriesen el punto de evasión de los perseguidos.

Ellos estaban ya dentro. Salté, a su interior, tropecé en unos escalones de metal adosados a un muro, unas manos me sujetaron, restableciendo mi equilibrio. Con medio cuerpo fuera, disparé otra andanada. El arma hervía en mis manos.

Luego, me hundi con ellos. Tiré de la tapa, ayudado por otras manos, La alcantarilla se cerró sobre nosotros con un seco golpe metálico. Me moví en la oscuridad, ayudado por aquellas manos que me era imposible identificar, pero qué eran mi único lazarillo en la sombra, en un ambiente que me era completamente desconocido.

—¡Vamos, vamos! —siseó una voz—. Tardarán sólo unos minutos en descubrir nuestro camino de evasión.

—¿Y entonces? —indagué.

—Síguenos y no pregunte. Lo mejor es que, para ese momento, no importe nada lo que ellos descubran.

Les seguí. No tenía otro remedio. Sus manos eran mi guía en la oscuridad. Aferré unos dedos delgados, fríos y sensibles. No supe por qué, pero imaginé que eran de ella, la pelirroja que hubiera muerto acribillada, de no mediar mi intervención.

Arriba, sobre nuestras cabezas, se oían ruidos, voces. Eran pisadas de recias botas, gritos agudos, órdenes castrenses. Recordé vagamente viejos libros escritos durante la Segunda Guerra Mundial, y me dije que debía ser todo muy parecido a esto. Sólo que entonces, esa gente no dominaba el mundo.

La búsqueda era, desde ahora, masiva e implacable. Sentí mis pies correr entre chapoteos de agua fangosa. El hedor era insoportable.

—Las alcantarillas —murmuró la voz femenina, no lejos de mí—. ¡Siga, siga!

Pisé algo vivo, que chilló y se agitó, mordiendo mi pantalón. Otras formas similares galoparon entre mis piernas, asustadas.

—¡Ratas! —mascullé—. Esto está lleno, infestado de ratas.

—Cierto —asintió ahora la voz sorda de un hombre, algo más adelante—. Hay millones de ellas. En un tiempo, fueron alimento de las ciudades. Ahora, son demasiadas para atreverse a cazarlas. Nadie viene aquí, en busca de su sucia carne.

—Creo... creo que forman masas. No puedo evitar pisarlas. —jadeé.

—Tenga cuidado —dijo la mujer—. Son peligrosas. Tienen hambre. Tampoco ellas tienen riada que comer, La industrialización y la atmósfera contaminada, terminaron con sus alimentos. Igual que con los nuestros. Los nazis tratan de luchar contra eso. Es lo

único bueno que hicieron en sus vidas, pero no consiguen nada. Sus granjas alimentarias son insuficientes. Parece que han logrado nuevos piensos y multiplican las reses. Salen más latas de carne, y el racionamiento colectivo gratuito ha aumentado, pero no lo bastante.

—Para ser tan peligrosas, no parecen atacarnos con mucha saña.

—argumenté, sintiendo el roce desagradable de los velludos cuerpos fétidos, en las tinieblas.

—Dé gracias a la grasa.

—¿La grasa?

—Vamos impregnados de ella. Es un medio de apartarlas, como el que algunos submarinistas utilizaron con los tiburones. Comprenda que ésta es nuestra vida, nuestro mundo, nuestras calles: alcantarillas, basuras, detritus, aguas residuales.

—¿Las alcantarillas? ¿Viven en ellas?

—Sí. Vivimos en ellas. Ahora, no hablemos más. Nuestras voces retumbarán mucho en el subsuelo, y pueden guiar a los nazis. Síguenos, no se suelte de nosotros. Estamos cerca ya.

—Cerca. ¿*áa* dónde?

—De *Mabuse Chico*. Es uno de nuestros refugios.

Ailí estará a salvo.

Como refugio, no podía pedirse más.

Tenía incluso luz eléctrica, aunque débil. Hacía un calor sofocante, húmedo, éntrelos grises muros del subterráneo.

Ahora ya quedaba lejos el chapoteo ominoso de las botas de los soldados de negra camisa por los dédalos tortuosos y malolientes de la red de alcantarillado urbano. Y sus voces, retumbando huecas en el subsuelo, en pos de nuestra pista, combatiendo con feroces dentelladas de las hordas. de ratas que lo invadían todo.

Parecíamos estar a salvo, tras la escotilla metálica del compartimento oculto, angosto y alargado, donde brillaba la bombilla amarillenta, sobre nuestras cabezas, haciendo destacar el agua que empapaba las paredes.

Había unos pocos muebles, escasos y viejos, un frigorífico pasado de moda, y un armario provisto de armamento anticuado. Aparte de mí, del joven enjuto y la muchacha pelirroja, había allá abajo media docena de personas. Dos mujeres macilentas y cuatro hombres de sombría expresión. Todos ellos me estudiaban con un

interés no carente de recelo.

—Ahora ya lo sabe —dijo el de más edad de todos ellos, hombre de pequeña estatura y cabellos blancos, erizados y rebeldes—. Este es nuestro último refugio.

—Supongo que no les habrá gustado mucho que un extraño venga a él —comenté.

Se miraron entre sí. Una de las mujeres confesó:

—No, no mucho. Cualquiera puede ser un traidor o un informador de los nazis. Los hay por doquier. Ya hemos pasado otras veces por trances así,

—Tenía que venir —elevó la voz la joven pelirroja—. De no ser por él, Sam y yo estaríamos muertos. Como Paul, como Gregory, como Eliah y los demás. Tendríais que haber visto cómo los cazaron ante la sinagoga, cuando pretendían salir del *ghetto*.

—Era una locura —suspiró el hombre mayor, sacudiendo la cabeza—. No podía salir bien.

—¿Por qué no salen de él por estas alcantarillas? —sugerí.

—Imposible. Situaron minas en los puntos donde el alcantarillado sale a los límites de la zona. Volaríamos al pisarlas, si intentáramos salir por ese conducto.

—Entiendo —asentí—. Están cogidos en un cepo. Nadie sale del *ghetto*.

—Exacto. Nadie... excepto para dirigirse a los Campos de Prisioneros.

—Y allí. ¿se les extermina? —indagué.

—Como siempre hicieron —asintió la muchacha pelirroja, mirándome pensativa—. Ahora tienen, incluso una excusa para justificar las matanzas de negros, judíos, árabes y toda clase de «razas inferiores», como ellos dicen: la superpoblación. Así equilibran la explosión demográfica.

—Todavía habrá que darles las gracias —comenté con amarga ironía—. ¿Y los alimentos para los que quedan?

—Venga —me invitó el del cabello canoso—. Si ha estado mucho tiempo fuera del planeta, a causa de su profesión de astronauta, quizá le convenga ver esto.

Me tomó por un brazo, conduciéndome a una especie de movió la cinematográfica antigua. Vi cómo situaba un rollo de película para pasarlo por la reducida pantalla, que iluminó sin demasiada

fuerza, a cambio de apagar la bombilla del techo.

En las penumbras, pude asistir al pase del film; el silencio era profundo, y sólo se percibía el ronroneo de la movió la, al rodar la película de celuloide.

Resultaba terrible. Escenas de hacinamientos humanos, un cielo neblinoso, turbio, humaredas, polución intolerable. Y hambre. Mucha hambre. Motines, protestas, linchamientos, asalto de tiendas, depredaciones. El caos desfilaba ante mis ojos, salpicado de escenas en las que las armas nazis, despiadadamente, teñían de sangre las manifestaciones de protesta.

Luego, vi ríos secos, fábricas paradas, carteles anunciando el agotamiento de reservas energéticas, como fluido eléctrico, gas, combustibles. Los vehículos a motor eran dinamitados o, simplemente, hacinados en montones ingentes, en cementerios de coches que alcanzaban millas y millas de extensión.

Hileras interminables de gentes, entre tropas de negra camisa y arma en ristre, se movían hacia los campos de exterminio o internamiento, para no volver jamás, en medio de un fango negruzco y repugnante, que se adhería a su mísero calzado. Tiendas cerradas, supermercados vacíos, mataderos desiertos, almacenes ocupados militarmente para aprovisionar a las tropas y autoridades.

Me aparté con un escalofrío, cuando todo eso terminó de pasar ante mis ojos. Las últimas escenas, con bibliotecas públicas ardiendo, filmotecas y cinematógrafos dinamitados o incendiados, películas, periódicos, libros y publicaciones convertidos en piras llameantes, rodeadas de soldados nazis arma en ristre, fueron la culminación de tantos horrores juntos.

—Hambre, miseria, exterminio. y el fin de la cultura —susurré—. ¿Es ello posible?

—Nadie puede oponerse a ellos —suspiró la muchacha pelirroja—. Las mejores creaciones artísticas, literarias, que signifiquen libertad, derechos humanos, independencia o ideas abiertas, están ahí. Convertidas en pavesas, Borradas dé la faz del mundo.

—Dios mío. —sacudí la cabeza—. ¿Nada pudo ser salvado?

—Muy poco —el hombre de blancos cabellos erizados se acercó a mí—. Lo poco que hay, *Mabuse* lo ha logrado rescatar a la, destrucción.

—¿*Mabuse*? He oído varias veces ese nombre, últimamente.

¿Qué significa?

—Una vez, fue símbolo de protesta y grito de acusación de un hombre contra la tiranía. Por eso hemos adoptado el nombre¹. Además, los tres dirigentes del grupo rebelde, somos Markham, Butler y yo, Sewell. Nuestros apellidos, en anagrama, forman el nombre, usando la primera sílaba de cada uno; MABUSE. Esperamos que, como entonces, un día termine esta pesadilla, en el holocausto de los dioses nazis.

—Nadie pudo nunca pensar que, precisamente ellos. —Fueron demasiado listos para dar la cara. Sólo aisladamente y como brotes esporádicos. Atentados aquí, asesinatos allá, explosivos o agresiones. La extrema derecha iba trabajando, tendiendo su tela de araña hasta que. el monstruo brotó de su escondrijo, y resultó ser el más fuerte. Aprovechó la estupidez de los que se peleaban entre sí, ajenos al gran peligro agazapado. Ahora, es tarde para arreglar nada.

—Jamás es demasiado tarde. La carencia de alimentos para el mundo, puede ser una de sus propias tumbas. La masa forma cientos de millones! El hombre les unirá para la rebelión desesperada.

—Ya han pensado en eso —terció la muchacha de los cabellos rojos—. Han logrado cultivar reses y animales salvajes, por medio de piensos especiales, creados en sus laboratorios, que multiplican la descendencia y aceleran el crecimiento de las crías. Las Granjas Adler han empezado a llenar de latas de carne, nutritivas y sabrosas, todos los almacenes del Estado. Gratuitamente, el Gobierno del Reich distribuye el alimento a las familias, mediante un rígido racionamiento que, a medida que progrese la reproducción animal en esas granjas de proceso acelerado, se irá haciendo más elástico y generoso.

—Sí, es una idea inteligente y práctica —convine—. Han comprendido que el gran peligro de la supervivencia del régimen, estaba en el hambre colectiva. Cuantos más exterminen en los campos de concentración, y más animales cornea tibies reproduzcan, tanto más consolidarán su sistema. La gente que come, rara vez se arriesga a nada,

—Aun así, los cálculos más optimistas fijan el final de la superpoblación humana y la alimentación equilibrada de la misma,

sin hambre ni enfermedades producidas por falta de nutrición, en una década o dos cuando menos —me señaló el hombre del, cabello blanco—. En ese tiempo, hay esperanzas de que no se consolide definitivamente este horror.

—Sí, pero ¿cómo esperan hacerlo? —repliqué—. ¿Encerrados aquí, en las cloacas, entre ratas y basura? ¿Con esas armas, escasas y viejas? ¿Saliendo a los *ghettos*, para ser abatidos sin piedad, en escasos momentos? ¿Eso es una forma de lucha, señores?

—Dígame usted si existe alguna otra, comandante —objetó con frialdad el hebreo—. Procuramos salvar cuanto es posible para que sobreviva la civilización y la cultura. Es nuestra única posibilidad actual. Luchar, no está a nuestro alcance. —¿Por qué no?

—Somos pocos, no estamos organizados. No hay armas, no hay medies. El Reich ejecuta, sin juicio previo, a todo el que comete un delito político, o intenta robar armas, munición, atacar algún centro militar. —Les mataré del mismo modo, uno a uno, como mata a las ratas que infectan las cloacas, caballeros —argumenté con esperanza—. Ya vieron, lo que yo hice. Todos pueden hacer igual.

—Resulta extraño que usted, precisamente usted, un astronauta recién regresado del espacio, según nos ha dicho, lograra lo que ninguno de nosotros alcanzó antes: un arma, una carga de munición especial. y salvar la vida, abatiendo a varios soldados impunemente. Incluso me parece *demasiado* para un solo hombre.

Miré al que hablaba. Era un hombre joven, de unos treinta años, delgado y de ojos pálidos y tristes. Vestía un jersey oscuro, de cuello alto, y llevaba una boina negra cubriendo sus ralos cabellos rubios. Observé que al cinto, lucía una pistola «Magnum», al menos con doce o quince años de antigüedad, aunque de respetable calibre todavía.

—Es Butler —habló Sewell, con cierto disgusto. Y mirándole a él, hizo notar—: Escucha, Butler, no tienes derecho a hablar así a nuestro amigo. El hizo todo eso por salvar a Ivy Markham ya Gus. El padre de Ivy, cuando lo sepa, ofrecerá a este hombre un puesto entre nosotros, si él lo desea. Y lo tendrá bien ganado. Creo que nos ha probado sobradamente que él no puede, ser un traidor.

—¿Por qué no? —replicó Butler, uno de los fundadores del grupo *Mabuse*, con voz acerada, mirándome aún con desconfianza—. A los nazis no les importaría sacrificar a cuatro o cinco de ellos,

con tal de meter aquí un confidente, que nos llevara a todos ante el piquete de ejecución o a las cámaras de gas de los Campos de Exterminio.

—Estás loco, Butler —se irritó la joven a quien llamara Ivy Markham—. El salvó mi vida y la de Gus, y eso basta para mí. Como debería bastar para ti. Sólo ves sospechosos y gente de poca confianza por doquier. Este hombre me ha contado su historia, por el camino, Salió del planeta hace dieciocho años. Un error en los cálculos, un fenómeno cósmico o un salto en la elipse del Tiempo, le ha hecho tardar todo ese tiempo, en vez de las tres semanas que para él, realmente, han parecido transcurrir. ¿Comprendes lo que sentirá, viéndose de repente inmerso en un mundo tan alucinante como el nuestro, sin apenas transición desde su época de libertad, de vida digna y de un orden basado en el respeto mutuo?

—Es una historia ridícula —cortó Butler fríamente—. No creo una palabra de ella.

—Pues es la verdad, Butler —repliqué con aspereza, encarándome, con el larguirucho hebreo de la boina negra y la pistola al cinto—. No digo que fuese un paraíso,

mi época, porque la verdad es que no lo era, y muchos de los males de ahora los incubamos nosotros mismos por entonces, con una ceguera absoluta. Lo que sí puedo decirle es que he logrado adaptar mi entendimiento y mi razón a lo sucedido, y he de aceptar los hechos irreversibles que estoy viviendo, porque ellos forman parte de la verdad. De mi verdad actual, me guste o no. Si es suficiente para usted, bien. Si no, siga desconfiando. Pero en mi caso, cometerá un error.

Di media vuelta y me alejé de él, dedicando de nuevo mi atención a la filmación enrollada en la moviola. Le di marcha atrás, examiné con mayor detenimiento las escenas. Era como asistir a la proyección de un viejo filme propagandístico. Pero esto no era propaganda, sino una cruda y terrible realidad.

—Lo siento, comandante —dijo la voz, a mi lado, suavemente.

Me volví, dejando de manejar la moviola. Miré a Ivy Markham. Sonreí.

—No se preocupe —dije—. El ha aprendido a ser desconfiado. No se le puede culpar por ello,

—Creo que nadie ha sabido entenderle. Yo, sí. Le debo mucho.

—Olvídelo.

—No puedo. Nunca podré olvidar que ahora estaría muerta, acribillada, de no ser por su heroica acción, No solo se jugó su vida, sino su carrera, su futuro. Ahora es un proscrito, como nosotros. Hubiera llegado muy alto, siendo fiel al Führer.

—El Führer... Alfred von Kaiser. ¿Qué puede decirme de él?

—No mucho. Es joven, ambicioso, duro y fanático.

—¿Alemán?

—Medio alemán, medio americano. Y de padres austríacos. Apenas si tiene treinta años, y ya es el superhombre que Hitler soñó ser en su, época.

—¿Dónde se aloja el Reichstag, en esta ocasión? ¿Berlín?

—No. París. Tenga en cuenta que toda Europa es nazi.

Como América, como Asia... Su poder es total. Ha prometido alimentos y vida digna para todos los que merecen sobrevivir, Y la muerte para los que su doctrina considera como inferiores.

—Entiendo. Los pueblos, que más podrían oponerse y resistir a la desesperada, se conforman con ser respetados en sus vidas. y tener comida para el futuro.

—Después de la gran explosión demográfica, la contaminación mortal y la Tercera Guerra Mundial, tan rápida como devastadora, cualquier promesa es eficaz. A la gente le basta con tener asegurada la comida para el futuro. Los que tienen hijos, saben que no pueden tener más. La esterilización es una ley rígida. Los que no tienen ninguno, sólo uno pueden tener. Es el límite legal.

—Es lo que dije antes: estamos pagando viejos errores.

Me quedé callado, con la vista fija en un fotograma donde se veían las edificaciones industriales, únicas que funcionaban en el país: Granjas y Mataderos Adler. La carne para el mundo, la nutrición para la humanidad. La única esperanza. Eran deslumbrantes instalaciones de aluminio, cercadas de alambradas y tropas. Los carteles avisaban de que cualquier transgresión de las zonas prohibidas, representaba la muerte inmediata.

En contraste con aquella gran esperanza para los humanos —la única, tal vez—, las hileras de prisioneros, camino de cercanos campos de concentración o exterminio, ponía el escalofriante contrapunto de la vida y de la muerte.

Preferí no ver nada más. Dejé la moviola y su reportaje filmado,

fiel reflejo de una época delirante. Los guerrilleros hebreos estaban murmurando en voz baja, ultimando planes entre sí. Cuando se apartaron, Sewell se dirigió a mí.

—Vamos a intentar obtener cargas de proyectiles para el arma que usted consiguió, comandante —habló—. Y, si es posible, apoderarnos de más armas de ese tipo. Creo que usted tuvo razón. Vale la pena luchar por la Libertad y la victoria, cueste lo que cueste. Y sin armas, ello sería imposible

—Tendrán que luchar con mucho cuidado —avisé—. El enemigo es poderoso,

—Lo sabemos —sonrió Sewell—, Ivy vendrá con nosotros. Su padre está en otro refugio distante, y quiere ver a su hija. Nos reuniremos en breve. Butler queda con ustedes, al mando de este refugio. Creo que esta misma madrugada estaremos de regreso, con algo positivo.

—Así sea —suspiré, mirando a Ivy con amistoso gesto de despedida.

La muchacha me sonrió, antes de partir con sus camaradas y con el viejo Sewell al mando. Gus, Butler, dos mujeres, un hombre. y yo, nos quedamos en el refugio *Mabuse Cinco* como ellos lo llamaban.

—Será mejor que descanse un poco, Stark —me dijo Gus, el joven a quien salvara, junto con Ivy—. Tiene una litera allá dentro. Usted debe de estar rendido, entre el vuelo espacial y las emociones halladas a su regreso.

—Sí, un poco —asentí—. Gracias, Gus, Dormiré un par de horas, como máximo. Estoy habituado a recuperarme pronto

Me acosté. Butler me miró un par de veces, sin comentar cosa alguna.

Pronto me quedé profundamente dormida

Hubiera descansado bastante más de esas dos horas, de no haber sido porque los disparos y los gritos de agonía, me arrancaron bruscamente de mi sueño.

CAPITULO V

SALTÉ del lecho buscando mi fusil ametrallador. No lo encontré.

Estaba vacío el rincón inmediato a la litera donde dejara la única arma moderna y eficaz que poseíamos. Frente a mí, una mujer y un hombre del grupo judío, yacían; sin vida, cosidos; a tiros. Gus, herido, sostenía la puerta metálica a; duras, penas. Esta ofrecía una absoluta; criba de proyectiles. Una mujer sollozaba, herida, apoyándose en el muro; pero aún con vida, y. aún con fuerzas. para sostener una pistola de largo cañón, humeante, con la que acababa de abatir en la puerta a un soldado nazi.

Busque a Butler con la mirada, mientras maldecía por la ausencia del fusil ametrallador. Al ver al hombre flaco, alto, de jersey oscuro y negra boina, entendí. Él tenía su propia arma, la «Magnum» al cinto aún... y mi metralleta en su mano.

Pero no apuntaba a los nazis del exterior cuyos gritos roncoss y chapoteos en el fango de las cloacas, eran perfectamente audibles, sino a ¡la mujer judía, a Gus y a mí!.

Hizo fuego sobre la mujer; rematándola fríamente. El estupor heló. la expresión en el lívido rostro de Gus, que con su cuerpo: y un cadáver cruzado en el umbral, impedía que la puerta metálica se abriera del todo.

—Maldito traidor. —jadeó Gus—. Eras tú. ¡Tu, Butler, uno de nosotros, un fundador de esté grupo.!

—Lo siento, Gus —silabeó con fría sonrisa Butler—. Tenía que hacerlo. Reflexioné bien, y decidí; apartarme de esto. Los nazis sólo me respetaban la vicia sí vendía a los demás. Es mejor así. Nunca hubiéramos hecho nada práctico. Para morir estúpidamente, vale más sobrevivir.

—¡Cerdo! —aulló Gus.

—¡Quieto! —rugió Butler, empezando a disparar sobre él.

La metralleta clavó hasta tres mazazos explosivos, sordos, en el cuerpo del joven hebreo. Pero éste pudo a su vez hincar un proyectil de su vieja anua en el rostro del traidor. Vi recular a Butler, dar volteretas, caer contra el muro, con la faz bañada en sangre, destrozada su boca, su nariz y un ojo.

Cayó, simultáneamente a Gus que, todavía en el suelo, mientras ya la puerta del refugio se abría totalmente, me miró de modo extraño, señaló a la metralleta de Butler, la que me quitara, a mí durante mi sueño, y jadeó, rápido, entre dientes:

—¡Pronto, comandante! ¡Es preciso que salve usted su pellejo! —y cuando yo tomaba el arma, pensando defenderme hasta el fin y morir matando, apenas los nazis comenzaban a asomar por la puerta medio abierta, Gus me señaló con mano ensangrentada* dilató sus ojos y me acusó con ferocidad—: ¡Perro traidor! ¡Este era tu juego.! ¡Vendernos a los nazis. a cambio de poder y. favores! ¡Comandante Stark, maldito seas.! ¡Falso amigo. nazi asqueroso.!

. Vomitó sangre. Sus ojos acusadores se quedaron desorbitados, vidriosamente fijos en mí. Creo que con cierta profunda, insondable nota de afecto y de ironía, allá en el fondo de las pupilas, por su última jugarreta en favor mío.

Le contemplé, sombrío. Los soldados nazis entraban, apuntándome con sus armas, al mando de un oficial. Pero no dispararon sobre mí. Yo bajaba mi arma ante ellos, y el oficial alzó, el brazo, tras mirar a Gus, que había muerto con aquella falsa acusación, posiblemente salvadora, en sus labios. Una mentira piadosa, que no empañarte el brillo de su alma, sin duda,

—No se mueva —silabeó, el oficial—, ¿Es usted pi comandante Stark, de Astronáutica?

—Sí, oficial —asentí—. No era prisionero de ellos. Vine por mi voluntad.

—Lo sabía. Lo que ignorábamos es que fuese usted quien informó al cuartel general de los refugios *Mabuse*.

—¿Refugios? —me estremecí, al pensar en el plural. Evoqué, angustiado, a Sewell, a Ivy y a su padre. Pero me dominé del mejor modo posible—. Oh, sí. Los refugios, sí. Espero que la redada salga bien, oficial. A mí irte costó trabajo ayudarles, eliminando a estos tipos. Habían empezado a sospechar de mí.

—Está bien. Venga con nosotros. La Súper Gestapo le reclamó, a partir de los incidentes en el *ghetto*. Tendrá que ser llevado a presencia del propio coronel jefe de los Servicios de la Policía del Estado.

—Lo supongo —murmuré, viendo cómo me despojaban de mi arma y, prisionero de los siniestros soldados de negro y pardo, salía de aquel recinto, convertido en un matadero humano.

* * *

El cuartel general.

Era un edificio de pesadilla. Alto, formado por muchos pisos de oficinas fuertemente iluminadas, en contraste con la pobreza de luces de las calles y avenidas de la gran urbe en la noche. La escasez de energía, evidentemente, no contaba para los grandes jerarcas del Régimen.

Banderas negras, con el emblema nazi, cruces gamadas por doquier, las temibles siglas de las SS en algunos pisos, los retratos gigantescos de Hitler y de Von Kaiser, lo invadían todo. Música wagneriana, obsesivamente grandilocuente y titánica, se extendía por doquier, a través de un hilo musical implacable. La grandeza del nacionalsocialismo era algo que se palpaba por todas partes, entre los enjambres de camisas oscuras, de correaes, de distintivos, de armas automáticas, de hombres de fría mirada penetrante, de rostros herméticos, de saludos rígidos, brazo en alto, de jóvenes uniformados, con aquel emblema de las espadas y la culebra como distintivo en su pecho.

Finalmente, una puerta hermética, con el símbolo de la Gestapo, bajo el doble emblema de la svástica y de las espadas y la culebra. Y pocas letras doradas, góticas:

«Super Gestapo; coronel jefe.»

—Comandante de Astronáutica Civil, Jerry Stark —me llamó un oficial fríamente, leyendo en un papel mecanografiado, ante la puerta del jefe supremo.

—Yo mismo —dije glacialmente.

—Se le acusa de rebelión, asesinato y traición —recitó monocorde, clavando en mí sus ojos glaucos, pálidos y fríos, tras los gruesos vidrios de unas gafas con montura de metal—. Por otro lado, hay testimonios que le señalan como informador de la Policía del Estado, y en consecuencia, colaborador del Gobierno, contra los

guerrilleros y traidores sionistas. El coronel resolverá su caso. Adelante, comandante. Puede salir de ese despacho, convertido en un héroe del Partido. o en un reo para la ejecución.

El oficial se hizo a un lado. Habló por una rendija en el muro. Zumbó un sistema electrónico, y la puerta se abrió silenciosamente. Entré en el despacho enorme, majestuoso, presidido —¡cómo no!— por Hitler, Von Kaiser y la gran bandera nazi, sobre la cruz gamada, en relieve sobre, el muro.

Debajo de todo eso, una mesa de acero y vidrio negro. Y una butaca tapizada de blanco, de altísimo respaldo. En ella, sentado, un hombre rígido, rubio, risueño y frío, enfundado en el negro uniforme de la Policía del Estado, con toda clase de emblemas en su guerrera bien abotonada.

—¿Comandante Jerry Stark, de la ya desaparecida NASA? —indagó la voz hermética del hombre, que, sin embargo, me resultó gravemente familiar, sin saber la razón.

—Yo mismo —afirmé, aproximándome a él y a su majestuosa mesa.

—Se le acusa de traición y asesinato. ¿Algo que alegar?

—Soy inocente. Es más: cuanto hice fue para establecer contacto con los rebeldes, y poderlos entregar posteriormente a las autoridades militares del Régimen, Quiero ser siempre fiel a quienes gobiernan, señor. Y puedo demostrarlo.

Ya estaba ante él, mientras soltaba mi fría sarta de mentiras. El coronel jefe se incorporó, sonriente, y me tendió su mano.

—Bravo, Jerry —aprobó—. Coincidimos ambos en nuestra opinión. Esto servirá para que llegues muy alto, aquí. Casi tanto como yo, muchacho.

Me sorprendió su familiaridad, su tono. Le miré. Rubio, alto, ojos pardos. Aquella voz. Sólo el uniforme, la rigidez, el corte de cabello, tan rapado, me había hecho no conocerle antes.

Eso, y el hecho de creerle muerto, perdido en el espacio.

—¡Cielos! —exclamé—. ¡Tú! ¡Martin Bellamy, el astronauta desaparecido! ¡El hermano de Roy.!

—¿Lo entiendes ahora, Jerry?

Asentí, contemplando largamente la fotografía en color, con el *Centauro* posado en tierra y él, sonriente, con su uniforme de la NASA todavía, ante su blanca forma esbelta, rodeado de militares

nazis del nuevo régimen terrestre.

—Lo entiendo —dije—. Tú también volviste... pero con el mismo fallo en el factor Tiempo.

—Exacto, Jerry. Eso fue todo.

—No parece que fuese todo. —miré en derredor al suntuoso despacho—. Has prosperado de prisa, Martin.

—Mí salto en el Tiempo fue menor. Llegué «antes» que vosotros. Pero mucho antes, en realidad, aunque en apariencia la diferencia pueda parecer mínima. En este tiempo, asimilé las doctrinas del Partido.

—Aceptaste servir al IV Reich con toda fidelidad. Y te pagaron bien esa lealtad, ¿no es cierto?

—Sí, mi querido Jerry —rio él suavemente. Se inclinó hacia mí—. Acepta *tú* también, y no tendrás que arrepentirte. Esto no es tan malo como dicen los idealistas y los tontos. Se prospera, se sube alto. En cambio, combátelo o rechaza sus postulados, y te eliminarán sin dificultades. Se lo he dicho a Roy, pero el muy necio no quiso escucharme. Ha cometido un error muy grave, Jerry.

—¿Roy? ¿Tu hermano? —me sobresalté.

—Eso es. Mi hermano. Ha sido tan torpe, que no sólo me insultó, llamándome «enemigo de la libertad, tirano, asesino» y otras lindezas más, sino que agredió a mis hombres, insultó al Führer y trató de oponerse a nosotros por la fuerza. No pude hacer nada por él, créeme.

—¿Ha. ha muerto? —me estremecí.

—No. Pero morirá. Sin remedio.

—¿Tú no puedes evitarlo?

—No, no puedo. Aunque no lo creas, no está en mi mano impedir su suerte. Ha cometido errores muy graves, Jerry. La Policía Militar ha informado al vicescanciller de nuestro Führer, personalmente. Y Roy ha sido condenado, a un campo de internamiento, provisionalmente.

—Provisionalmente... ¿Y después, Martin?

—No se puede predecir —se encogió de hombros con indiferencia—. Puede ser enviado a otro campo de trabajos. O a uno de exterminio. Depende de él, de su comportamiento.

—Martin, ¡es tu hermano! —protesté—. Tienes que

—Ya te dije que no puedo. Mi situación es difícil. Si

intercediera, quizá provocaría las suspicacias del vice canciller Fitzmayer. Es mejor que mantenga silencio, y espere.

Hubiera querido protestar, gritarle su cobardía y su vileza al rostro. Pero recordé súbitamente que ya no era el mismo Martin Bellamy que yo conocí en la NASA, en el Cuerpo de Astronautas Civiles, sino el coronel Bellamy, de la Super Gestapo del IV Reich.

Y recordé algo más: no sólo la vida de su hermano Roy estaba en juego. La mía dependía directamente de él. Del interrogatorio que iba a sufrir inmediatamente, sin duda alguna. Y, por supuesto, de la impresión que pudiera yo producir en él, en estos momentos previos a la diligencia policial.

Fue muy oportuno pensar en todo ello. No conducía a nada comportarse heroicamente. Más que una hazaña, sería una perfecta estupidez. De modo que obré como mi astucia me dictaba.

—Vistas así las cosas, creo que tienes razón —contemporicé—. Sería un riesgo inútil comprometerse por un obstinado, aunque sea tu hermano. Después de todo, no veo la razón de que rechace un orden establecido, sólo por mantenerse fiel a una idea que ya está caduca.

—Hablas con mucha prudencia y sabiduría, Jerry —me estudió, astuto y receloso—. Pero tengo aquí una gravísima denuncia contra ti. Ayudaste a huir a dos sionistas, matando a varios soldados en el *ghetto* Número Tres. ¿Qué tienes que alegar a eso, antes de dar tu *dossier* al Departamento de Exterminio?

—Cielos, Martin, ¿ignoras que, gracias a mis informes, cayeron varios peces gordos de ese grupo llamado *Mabuse*? Y aún caerán otros, si han sido localizados los demás refugios suburbanos. No podía ganarme su confianza, si no era con un engaño que les persuadiera.

—¿Un engaño que costó cinco o seis vidas, Jerry?

—Las que fuesen. Los soldados se reponen fácilmente. Los rebeldes, no. Os entregué sin vida a Gus, a Butler... ¿Eso no tiene más valor que unas pocas vidas, por leales que sean a Führer?

—Quizá —convino, mirándome fijamente—. El informe delator contra los judíos fue anónimo. Creí que era uno de ellos. Me habló de ciertas compensaciones. No a mí directamente, sino al funcionario que atendió la llamada.

—Por supuesto. Todo tiene su precio.

—¿Incluso la traición? —sonrió Martin Bellamy glacialmente.

—Esa, más que otros servicios más dignos —sonreí a mi vez cínicamente.

—¿Por qué haces todo esto, Jerry? No recuerdo que fueses enemigo del sionismo.

—Yo tampoco recordaba que fueras nazi —repliqué vivamente.

—*Touché* —rió de buen grado. Me miró largamente, y golpeó el *dossier*. Mi *dossier*, que podía significar poder o muerte, vida o exterminio—. Poder, fortuna, privilegios. Todo eso es tentador, ¿verdad, Jerry?

—Más que vivir entre ratas, perdido en un laberinto de cloacas —asentí.

—Bravo. Eres convincente, sin embustes ni subterfugios. Te has salvado Jerry. Si me hubieras jurado que amabas el nazismo... tenía órdenes sumarisímas de hacerte ejecutar en el acto. Me has hablado con sinceridad. Eres ambicioso, y eso es humano y lógico.

Le vi escribir sobre el *dossier*, en letras negras. Leí: «Sobreseído. No hay causa.»

Respiré hondo, cuando fue a parar al fondo de una gaveta. Luego, Martin Bellamy, el astronauta perdido, el hombre a quien buscamos por el espacio y que, indirectamente, tenía la culpa de cuanto estaba sucediéndome ahora, me tendió una mano abierta.

—Te felicito, Jerry Stark — habló—. Estás libre de cargos. Ve a la Sección de Personal. Te harán una ficha especial como miembro de la Brigada de Control Social.

Es un trabajo cómodo y bien remunerado. Además, están muy bien considerados. Naturalmente, ingresas con el grado de comandante en activo.

—Pero, Martin, yo nunca he sido un militar, sólo un piloto civil que...

—Eso, sólo queda entre tú y yo —rió, interrumpiéndome con un ademán—. Para todos, eres el comandante Stark, de la Brigada de Control Social. Un elevado cargo. Llegarás lejos, amigo mío. Muy lejos. Ahora, ve a Personal. Nos veremos más tarde.

Saludó militarmente, brazo en alto. Pulsó un llamador y habló a alguien. Cuando salí, me esperaba una mujer oficial, de uniforme varonil y rígidos andares sonoros. Me condujo a un departamento donde, tras tomarme medidas, salí vestido con el odioso uniforme

negro y pardo, el distintivo de las espadas y la culebra, la cruz gamada en la gorra de plato, y una pistola liviana, pero potentísima, de careas explosivas, en la pistolera de mi cinturón charolado. Cuando me vi en un espejo, pensé en los viejos miembros de las llamadas Juventudes Hitlerianas. Era demasiado semejante todo:

—Sólo una pregunta —dije al funcionario qué me ayudó a vestirme.

—Las que crea oportuno, señor —me respondió, con solemne respeto, cuadrándose.

—Las siete espadas y el reptil. ¿qué distintivo, es, exactamente?

—Señor, es el emblema personal de nuestro Führer —taconazo, saludo y rígida inclinación de cabeza para subrayar la mención a Von Kaiser—. Sólo lo utilizamos quienes pertenecemos a secciones dependientes directamente de la Cancillería del Reich, señor.

Asentí. Parecía ser todo un honor, aunque maldita la gracia que me hacía todo eso. Abandoné la sección de personal, caminando del modo más rígido posible, imitando así a los demás nazis con quienes me cruzaba en los corredores del gran edificio destinado al Cuartel General urbano. La mayoría de ellos me saludaron con ostensible respeto, al advertir mis insignias y mi condición de miembro de la temible Brigada de Control Social.

De repente, en un ángulo del corredor, tuve, que pararme en seco, ante la presencia de un grupo de soldados, al mando de dos oficiales de las SS. Vi a los cautivos esposados qué caminaban entre ellos, con los cañones de las armas automáticas apoyados en sus espaldas o costados, sin demasiadas contemplaciones.

Algunos de ellos iban ensangrentados, cojeando ó malheridos. Uno de ellos era un hombre de erizados cabellos blancos. Otro, un individuo calvo, enjuto y cansado, que arrastraba su pierna ensangrentada. Abrazado a él, reconocí la belleza juvenil y pelirroja de Ivy.

Ella y Sewell me miraron con estupor súbito. Sus¹ ojos dilatados se fijaban, ante todo, en mi uniforme, Y en el respeto de subordinados con que sus propios captores me saludaron.

El hombre de edad al que abrazaba Ivy, me contempló indiferente, con igual odio o desprecio que a cualquier otro dé los miembros de aquel Régimen. Imaginé que era Markham, uno de los

fundadores del Movimiento *Mabuse*. Y padre de Ivy.

—¡Cerdo! ¡Traidor! —silabeó ella, con ojos centelleantes.

Y antes de que su padre, Sewell o los soldados pudieran evitarlo, me escupió despectivamente al rostro, intentando arrojarse sobre mí para clavarme sus uñas en los ojos.

Eso sí lograron impedirlo Sewell y los soldados. Un oficial se dirigió a ella, furioso, para golpearla con la culata de su arma, mientras otro oficial trataba de disculparse conmigo. Pude ordenar, muy a tiempo:

—¡Déjela, oficial! No la golpee. Es sólo una mujer enfurecida e impotente. No vale la pena.

—Cierto, señor —aceptó el oficial, servilmente—. Es sionista. La capturamos con los demás, en otro de los refugios suburbanos, en las cloacas.

—Entiendo —la miré, inexpresivo, sintiendo una contracción dolorosa en mi estómago, al tiempo que Ivy me dirigía, miradas coléricas, llenas de ira agresiva—, ¿Adonde los conducen ahora?

—A presencia del. Jefe de servicio, para ser interrogados. Luego, los conduciremos a diferentes campos de concentración... o de exterminio—dijo en voz baja, riendo malignamente.

—Sí, entiendo. ¿Y ella, la muchacha.? ¿Adónde irá?

—A Albany, señor. Allí está el Campo de Mujeres. Se las utiliza para el: trabajó. de enlatado de la cercana factoría Adler Tres, de :alimentación. Luego... según su condición física continúan durante años ese trabajo... o van a los hornos de exterminio.

—Entiendo. Ella parece fuerte. —No esté tan seguro, señor—rio el oficial, con aire cómplice. Piense que la jornada. de trabajo es de dieciocho horas de labor una para, comer una sola ración de carne. y; cinco para, dormir. No, son muchas las que soportan eso, más dé un año.

Su risa me produjo escalofríos. Ivy continuó: con los demás, pasillo adelante, mirándome por última vez, por encima del hombro, con el odio destellando en sus hermosas pupilas.

Iba camino de una suerte espantosa, de una lenta agonía hasta el agotamiento, físico total. Y yo no podía hacer nada por salvarla.

CAPITULO VI

EL tableteo de ametralladoras me despertó, una vez más.

Así siempre, noche tras noche. Resultaba escalofriante. No era preciso preguntar las causas. Siempre eran las mismas: personas que transitaban sin permiso en la noche, a horas fuera de las autorizadas por la ley. Siempre terminaban igual:, una ráfaga de balas, y el silencio de nuevo.

Unos buscaban comida, otros evadirse de la ciudad maldita, algunos eran rebeldes o saboteadores. El final era el misino para todos. Las patrullas de control no daban cuartel. Ni siquiera daban el alto. Se limitaban a apretar el gatillo sobre los infractores.

Ya no concilio el sueño. No era fácil conciliarlo nunca. Fumé, nervioso, paseando por mi dormitorio de privilegiado servidor del IV Reich. Gracias a la postrera gesta del infortunado Gus, disfrutaba de algo muy distinto a lo que me reservaba Butler, el traidor.

Pensé en Ivy, en sus doloridos y acusadores ojos. ¿Cómo convencerla. de la verdad ahora? Yo sabía que era imposible. Nunca aceptaría mi explicación, mi protesta de inocencia.

Tenía sed. Busqué algo fresco para beber en mi bien provisto frigorífico. Mientras los fieles servidores del Partido teníamos cuanto queríamos, el hambre, la sed y la miseria reinaban en el mundo. Ni siquiera tenía latas Adler, de carne de racionamiento. Eso se quedaba para la masa, para el pueblo. Nosotros, los siervos del. Führer von Kaiser, teníamos carne congelada de primera clase, pescado en bolsas, alimentos frescos, huevos, pan, mantequilla y mermeladas. Hacía años que la gente ignoraba lo que era todo eso. Incluso habían olvidado el sabor de la carne, hasta que aparecieron las latas Adler, única arma del Gobierno para evitar la sublevación mundial contra el poder.

Había asistido el día antes, en la plaza Central, a una proyección propagandística del Gobierno, sobre las granjas de Albany, Kentucky, Tennessee y Florida, y. resultó confortante ver que, en el contaminado, agrietado y reseco mundo actual, con sus nubes de polución flotando sobre ciudades hambrientas y sedientas, campos áridos, ríos secos y prados sin una sola brizna de hierba, el celo y el control de las tropas nazis habían logrado, cuando menos, mantener amplias zonas de verdor, debidamente acotadas y alambradas, guardadas por militares con orden de disparar sobre cualquier intruso, en las que se ensayaba la reproducción masiva de animales, por medio de pastos acelerados, con resultados óptimos hasta entonces.

Era la única esperanza. En el signo de Adler, del Centro de Producción Alimentaria del Gobierno Mundial, estaba depositada la fe del mundo, en estos momentos.

Bebí un refresco de frutas, bastante aceptable. Calmó mi sed, pero no me ayudó a dormir. El reciente tableteo de armas de fuego había logrado despejarme por completo. Me preguntaba cuántos cadáveres yacerían en el asfalto de la ciudad.

Me resolví a verlo con mis propios ojos. Los edificios de ía Zona Especial, gozaban de ciertos privilegios. Podía abrir el balcón, asomar a la terraza, sin miedo a que la luz pudiera atraer disparos de las patrullas. Los edificios estaban ocupados por personal oficial de alta graduación, y los soldados respetaban nuestra voluntad. Me asomé, pues.

Sentí un estremecimiento, y dudé si sería el fresco húmedo de una noche que había logrado alzar las nubes de contaminación por encima de los edificios, o la presencia de aquellos pobres cuerpos, abatidos sobre oscuras manchas de sangre, allá en la calzada de la calle desierta.

Dos soldados armados montaban guardia. Un vehículo oficial con distintivo sanitario se aproximaba, para la rutinaria tarea de cargar los cadáveres. Era todo lo que podía hacerse por quien era «cazado» de noche, por las armas automáticas de las patrullas de control.

Conté hasta cinco cadáveres. Cinco bultos. Cinco sombras pegadas al asfalto, donde las clavó el martilleo de las balas. Me dispuse a volver al interior de mi vivienda confortable, de

privilegiado servidor del nuevo nazismo mundial.

—Ni un gesto, ni un grito. Ni un movimiento, comandante, o es hombre muerto —jadeó la voz ronca, junto a mí. Algo metálico, duro y circular, oprimió con fuerza mis costillas—. Esté seguro de que, si desobedece, apretaré el gatillo sin vacilar. Y será hombre muerto.

Supé que, fuera quien fuese, decía la verdad. Aquélla era la voz de un hombre dispuesto a matar.

* * *

—Entre despacio. Sin demostrar nada anormal a la patrulla. Luego, cierre el balcón de la terraza. No haga nada más que lo que le digo, o no respondo de su vida.

Seguía dando órdenes. Yo seguí obedeciéndole. Caminé hasta el centro de mi dormitorio, sintiendo el frío metal contra mi cuerpo, a través del fine tejido de mi pijama. Cuando me detuve, la luz reflejaba su sombra en el muro, frente a mí. Parecía un hombre joven y de buena estatura. Llevaba un arma automática ligera en su mano. No!a despegaba de, mi espalda.

—Ahí está bien —dijo, al fin—. Puede volverse. Pero insisto en lo que le dije antes: le mataré si da un solo paso en falso.

Procuré no darlo. Me mantuve quieto, con el arma pegada aún a mi cuerpo. Me limité a girarla cabeza y mirarle. .

Me encontré con unos ojos asustados y nerviosos. El rostro era enjuto y delgado. Era muy joven, casi un adolescente. Creí notar el miedo y la incertidumbre en sus gestos. Pero también la desesperación.

—¿Qué espera conseguir con esto? —indagué.

—Aún no lo sé comandante —habló con sequedad. Humedeció sus labios con lengua inquieta—. Pero es mejor que no obre precipitadamente. Matar es, a veces, lo más fácil.

—Es posible, sí —admití—. ¿Ha matado usted alguna otra vez?

—Claro —afirmó fríamente—. A tres hombres, ya.

—¿Venganza? ¿Ideologías políticas?

—Ambas cosas. Ellos estuvieron mezclados en la muerte de Selena. Por eso los maté.

—¿Selena? —enarqué las cejas—. Nunca oí ese nombre.

—¡Miente! —me replicó con acidez—. La conoce muy bien, comandante.

—Le aseguro que no es así —suspiré—. Lo cierto es que conozco a muy poca gente aquí. Yo era astronauta. Pertenecía a la NASA. Bueno, eso pasó. Era piloto civil hasta hace poco. No conozco prácticamente a nadie en esta ciudad, amigo.

—¡Miente asquerosamente mal! —rugió el joven, con insultante expresión—. No puede engañarme como engañó a Selena. Ella confiaba en usted. Ella me dijo que, gracias a usted, iba a ser libre, a olvidar para siempre los horrores de Albany.

—¿Albany? —me estremecí, al asociar ideas—. ¿Era una prisionera?

—¡Sí, lo era! Y bien lo sabe usted, maldito sea. —jadeó—. Selena. Usted se enamoró de ella en el Campo, ¿verdad? No quiso que se extinguiera allí su juventud. Se la traje consigo, tras obtener su libertad. Luego, usted descubrió que Selena se relacionaba conmigo, con su antiguo novio también... Y ordeno su ejecución inmediata. ¡Asesinó a Selena, después de prometerle una vida mejor, sólo porque se atrevió a burlar su vigilancia y hablar con nosotros! Apenas si hablamos con ella, comandante, pero usted... ¡usted no tuvo piedad con su vida, joven e inocente! ¡Y la asesinó! ¡La asesinó, maldita, rata, como yo voy a asesinarle ahora a usted!

Yo no sabía adonde conducía todo aquello, pero era preciso obrar, y lo antes posible, si quería evitar que cumpliera sus amenazas. El arma automática me apuntaba. Su mano temblaba, presa de la fuerte excitación del momento. Opté por impedir su locura. Aunque era arriesgado, salté. Caí sobre él, y el arma se disparó. La bala explosiva vino hacia mí, a quemarropa.

* * *

Tuve suerte.

El proyectil quemó mi mejilla y el cabello de mi patina, perdiéndose luego a mi espalda con sordo estampido silencioso. En cambio, me fue posible golpear de tal modo la mano armada, que perdió la pistola, y ésta botó lejos de nosotros, en la blanda moqueta roja, acolchada y silenciosa.

El visitante nocturno cargó contra mí rabiosamente. Nos enzarzamos en dura pugna, hasta que logré conectarle dos mazazos secos, uno al hígado y otro al mentón. Se dobló, jadeante, casi sin aliento, no sin antes haberme clavado sus rodillas en mi vientre, dolorosamente.

Le pegué de lleno en la nuca, y cayó como una res fulminada. Le contemplé a mis pies, recuperé el aliento, di una fricción a mi dolorido estómago, y acudí por la pistola

Cuando despertó, aturdido, se encontró con el arma bajo sus narices, Me miró con odio,

—Vamos, ¿a qué. espera, asesino? —mascullo—, Dispare ya. ¿O quiere humillarme antes?

—Quiero saber más cosas de ti, muchacho —repliqué—. ¿Cuál el tu nombre?

—Mark, Mark Payne. Pero ¿qué importa eso?

—Puede importar mucho, muchacho, ¿Serena qué era tuyo? Hablaste de un novio de ella.

—Era... era mi hermana. —hubo una crispación dolorosa en su voz—. Malditos todos.

—¿Y el novio.?

—En un campo de prisioneros, acusado de rebelión contra el Régimen —se quejó—. Todos aniquilados, destruidos por la máquina implacable del Partido. ¡Vamos, máteme ya, comandante! Es lo que hará, a fin de cuentas, como hizo con Selena.

—Serénese, muchacho. Mark. Y trate de razonar un momento conmigo. ¿Cuándo ha sucedido eso? ¿Cuándo mataron a su hermana?

—Bien lo sabe usted. Sólo hace sólo un mes, comandante.

—Un mes. Mark, ¿viste alguna vez al hombre que la sacó del campo de Albany? Quiero decir... ¿me viste a mí; personalmente, antes de ahora?

—No, cielos, claro que no. De haberlo visto, le hubiera matado,

—¿No me conocías personalmente?

—¡No, maldito sea, no!

—Lo imaginaba. Mark, yo. yo he sido nombrado comandante de la Brigada de Control Social hace sólo tres días. Hace dos que me dieron este apartamento lujoso. Y nunca estuve en el Campo de Prisioneros de Albany.

—¡Miente! Fue usted adjunto del profesor Herman Stern, coronel del Cuerpo de Investigación Dietética del Ejército del Reich, y director de la factoría Adler Tres, en Albany.

—Por alguna razón, que ignoro, el anterior inquilino de esté apartamento, y comandante de Control Social, adjunto a ese

profesor de Dietética, y demás, ya no reside aquí desde hace un tiempo. Yo le he suplido. Y tú has cometido un error, que pudo ser funesto para ambos. No soy el hombre que buscas.

—No puedo creerle. Me está engañando. ;.

—¿Crees que engañaría a un hombre a quien se supone que voy a matar o a hacer ejecutar, bajo la gravísima acusación de allanamiento de morada oficial e intento de asesinato, Mark Payne? —sonreí fríamente. Luego, le tendí su arma, de súbito—. Toma, es tuya. Creo, que la necesitarás, si alguien te ve salir de aquí, esta noche.

—¿Mía? ¿Salir de aquí? —jadeó, incrédulo—. No, no es posible. No me dice la verdad.

—¿Tú qué crees? —bostecé—. Mi nombre es Jerry Stark, y pertenezco a Astronáutica. ¿Sabes el nombre del comandante que buscas?

—Sí. Es. es Dave Barrington. —parpadeó, incrédulo, mirándome—. Dios mío, no pude equivocarme.

—Te equivocaste, muchacho —suspiré. Le mostré mi credencial del Partido Nacionalsocialista, con aire abúlico—. Mira mi nombre, mi fotografía. mi. fecha de inscripción. ¿Te basta?

—Sí... —comprobó el documento plástico, que era inseparable de cada miembro del IV Reich—. Sí, comandante Stark. No sé qué decirle. Pero aun así, usted está obligado a. a.

—A entregarte a las autoridades, para tu ejecución sumarásim —sonreí—. Claro, Mark. Lo sé. Pero. no me gustaría hacerlo. Lo de tu hermana justifica todo. Aunque me pregunto: si ella fue ejecutada por hablar con vosotros, sin autorización del comandante Barrington... ¿qué se hizo luego de éste, ya que era tan poderoso? No se ve muy claro, la verdad. Tal vez lo han trasladado a algún otro puesto. Lo averiguaré pronto, Mark. Entretanto, aléjate y no vuelvas a cometer errores así.

Si sabes algo sobre la muerte de tu hermana, dímelo de alguna forma. Empiezo a creer que existe alguna intriga entre nosotros, los altos jefes nazis. Y me pregunto qué podrá ser.

—Comandante Stark, han destituido al comándame Barrington, o ha caído en desgracia. ¿no cree que, posiblemente, terminen destinándole a usted a Albany muy pronto?

—Pudiera ser —suspiré, encogiéndome de hombros—. Pudiera

ser, muchacho.

Pronto estuvo fuera de mi apartamento, y no oí disparos en la noche. Creo que logró salvar los cercos de vigilancia.

Al día siguiente, supe, por boca del propio coronel Martin Bellamy, que había sido designado para ocupar el puesto del coronel Dave Barrington, en la factoría Adler Tres, de Albany, como ayudante adjunto del coronel Stern, de Dietética del Estado.

CAPITULO VII

ERA confortante verse rodeado de verdor, aunque éste se hallara acotado por altas alambradas, bloques de cemento y parapetos celosamente guardados por soldados, arma en ristre. Ni siquiera hollaban con sus botas el jugoso césped que se extendía por los acres de las tierras de Albany. Un sendero de cemento, entre las alambradas exteriores y las interiores, era su paseo de vigilancia constante.

Dentro, las factorías del Estado procedían a la preparación de las latas de conserva Adler, pero tanto las dependencias de envasado como los pastos propiamente dichos, se mantenían lejos de la vista de cualquier visitante o de quienes circularan por la carretera o senderos exteriores.

Por contraste, la proximidad triste y sombría del Campo de Mujeres de Albany, enorme extensión provista de, barracones, letrinas, edificios de control, torres de vigilancia y tapias alambradas, distaba sólo media milla de la zona umbría donde pastaba el ganado en el que se depositaban las esperanzas de supervivencia de la Humanidad.

Entre un lugar y otro, caminos polvorientos, tierras pedregosas, bosques calcinados y agrietadas extensiones sedientas, bajo una densa capa de polución. Mis ojos, desde la terraza de mi nuevo alojamiento, en la zona residencial, anexa a las instalaciones Adler, buscaron los altos y grises muros del campo de prisioneros femeninos.

Allí estaba Ivy Markham. En cuanto a su padre, a Sewell, a mi camarada Roy Bellamy. ¿quién podía saber dónde estaban? Mis esfuerzos por saberlo, a través de Martin Bellamy, habían sido totalmente inútiles. Y tampoco me había sido posible ver de nuevo

al profesor Kellerman, de la base espacial, para intentar averiguar algo, a través de él.

Estaba cayendo la noche, y los reflectores del campo describían círculos veloces de luz, pasando espaciadamente sobre las tapias, desde las altas torres de vigilancia. La idea de que la muchacha semita estaba allí dentro, era dolorosa. Pero, más aún, que me imaginara culpable de un acto de traición. Acto que jamás aceptarían pudiera ser cometido por un fundador de su grupo, como era Butler.

Esa noche dormí incómodo, sacudido por mil pesadillas absurdas. Al día siguiente no me sentía demasiado bien cuando acudí a presencia de Herman Stern, director de las investigaciones dietéticas del Estado, en la Factoría Adler Tres.

Era un hombre alto, vigoroso y rubio, de indudable origen teutón, ojos muy azules, y expresión arrogante. Vestía un uniforme especial, de color verde oscuro, con la inevitable insignia de las espadas y las culebras. Y, por supuesto, una cruz de hierro colgada de su cuello.

Alrededor nuestro, pilas fulgurantes de envases de aluminio, desfilaban hacia las máquinas, donde eran etiquetados con las brillantes etiquetas Adler, donde se leían las mágicas letras rojas que todos anhelaban: «ALIMENTO GRATUITO. CARNE EN SU JUGO. DONACIÓN DEL ESTADO.»

Miré las bandas móviles por donde venían las latas recién ajustadas sobre su contenido nutritivo. Manos femeninas se ocupaban de ello, en otra sección de la factoría. Yo sabía qué clase de manos: prisioneras, mujeres cautivas del IV Reich, accionaban las máquinas de enlatado.

Mujeres. ¿Sería una de ellas Ivy Markham?

No era prudente preguntar absolutamente nada. Los ojos del rubio y pálido Stern eran taladrantes, y estaba seguro de que sólo con una firme voluntad por medio, podría evitar que leyera mis pensamientos. Opté por mantenerme en guardia ante él.

—¿Tiene experiencia en dietética, comandante? —fue su primera pregunta, tras el rígido saludo nazi.

—Muy escasa —admití—. Me he ocupado de la alimentación en las naves espaciales, antes de emprender yo mismo los vuelos espaciales. Era diferente, claro. Allí se trataba de alimentos

concentrados y deshidratados, propios para viajes cósmicos.

—De todos modos, puede ser útil ese conocimiento, aquí. Comprenda que la carne no sobra, precisamente, a pesar del programa de multiplicación de reses y crecimiento acelerado de las crías para el sacrificio —suspiró el coronel Stern—. A veces, hay problemas de suministro en los mataderos, y por ello hemos de aprovechar el máximo de carne comestible, a base de hacer más sabrosa y nutritiva la condimentación y preparación del alimento enlatado. En eso ha de entrar forzosamente el substitutivo y la química, como complemento alimentario inevitable. En fin, comandante, espero que sea tan eficiente como su antecesor en esta tarea.

—¿Mi antecesor? —pregunté ingenuamente.

—Sí: el comandante Barrington. Un verdadero experto en dietética y alimentación.

—Oh, el coronel Barrington —asentí—. Sí, me hablaron de él. Creo que era notable en esta tarea. Me pregunto cómo pudieron prescindir de él. ¿Solicitó él su traslado, acaso?

—Comandante Stark, creí que sabría ya que el comandante Barrington, su antecesor, se suicidó en un disparo en la cabeza, por motivos que no se pudieron aclarar jamás.

* * *

Suicidio.

Un disparo en la cabeza. Era absurdo. Los datos que tenía sobre Dave Barrington hablaban de un tipo despótico, frío y cerebral. Capaz de sentir tal pasión por una mujer como para rescatarla del campo de prisioneros y llevarla consigo. Pero capaz también de matarla, cuando faltó a sus órdenes. Después de morir Selena Payne. ¿se había matado él espontáneamente?

No me pareció nada convincente. Había algo, estaba seguro. Entre los jetazos nazis de 1998, sucedía algo oscuro, intrigante, que provocaba muertes violentas, suicidios verdaderos o falsos.

Trabajé aquel día de un modo distraído, en mis nuevas tareas. Supe que era inútil pedir un permiso para visitar el Campo de Mujeres. Desde el caso Barrington, ningún adjunto al coronel Stern tenía permiso para visitar ese lugar de concentración femenina. Ni tampoco la. Sección de Envasado.

La Sección de Envasado. Fue mi objetivo inmediato y secreto.

No tardé en obtener una lista de prisioneras empleadas en tan agotadora labor durante dieciocho horas diarias, con sólo una de descanso para comer una sola ración de carne. El nombre de Ivy Markham estaba entre ellas.

Los empleados y vigilantes de control en el Almacén Adler Tres, eran todos ellos especialistas de las SS y la Gestapo. Uniformados de verde claro, iban armados y provistos de un gorro blanco con el nombre de Adler en rojo. Sus armas eran silenciosas y letales. Supe que se trataba de cargas paralizantes. Pero de esa parálisis química, jamás se volvía en sí.

Todos esos detalles fui aprendiéndolos en días de trabajo junto al coronel Stern. Pasiva, calmada, fríamente, esperaba mi momento. Sabía que iba a ser todo terriblemente arriesgado. Pero estaba cansado de mi papel de oficial nazi. Un día u otro había que empezar la lucha. Para bien o para mal, ese día estaba cercano. Muy cercano.

Tanto, que fue justamente al siguiente día a mi conocimiento de la clase de armas y proyectiles que usaban los guardianes de Adler.

* * *

El coronel Stern había salido para los pastos, cuando resolví actuar contra Adler, contra la factoría de Albany. y contra el propio Poder nazi en el mundo. A fin de cuentas, si todo se había alterado, si yo no estaba ni siquiera en el Tiempo que me correspondía, ¿qué más daba todo lo restante? Valía la pena jugárselo todo a una carta. Esa carta era mi vida.

Y aun así, pensé que valía la pena. Hay momentos en los que seguir viviendo no significa gran cosa.

Me bastó llegar hasta uno de los centinelas armados, y ponerme a charlar con él. Le ofrecí tabaco, y aceptó. Era uno de los lujos que el actual estado del mundo no permitía fácilmente. Fumamos amistosamente, charlamos, reímos. y de repente pude propinarle el golpe que llevaba estudiado.

Cayó como un fardo. Obtuve su arma automática de cargas paralizantes. Cuando el segundo centinela de turno se aproximó a la zona; disparé contra él sin vacilar. Lo abatí fácilmente.

Sabía que estaba muerto cuando cayó, encogido y como congelado súbitamente. Pero una muerte más o menos, no podía detenerme. En el mundo de aquel 1998 alucinante, una vida, diez,

cien o mil, tenían, por desgracia, nula importancia.

Avancé hacia los accesos a la zona de envasado de latas alimenticias. El corredor estaba protegido por otros dos centinelas armados. Me vieron venir, indecisos. Al principio, no sospecharon nada. Luego, me dieron el alto, pidiendo una consigna que, evidentemente, era sólo de los iniciados en aquel pabellón industrial. La ignoraba, y les vi alzar sus armas.

Me anticipé á ellos. Oí un doble grito agudo cuando sonaron los sordos taponazos de mi arma. Entre un vahó azulado, cayeron al suelo, de bruces. Quedaron inmóviles. Muertos, petrificados, en extraña actitud.

Tomé otra de sus armas. Esgrimiendo dos de ellas, seguí adelante. Esta vez, no, hallé más obstáculos. Me encontré ante una rampa que subía hasta una puerta de fuerte color naranja, bajo una claridad lívida, lechosa, que brotaba de proyectores en el techo.

Leí en aquella puerta: «ACCESO RIGUROSAMENTE PROHIBIDO. ZONA ALIMENTARIA PRINCIPAL». Avancé. Mis ojos se fijaron en unas células fotoeléctricas situadas a ras del suelo. Y otras, a media altura. Salté de modo ágil y elástico, entre ambas, sin dejar que mi cuerpo hiciera interferencia en ninguna de ellas. Caí ante la puerta.

Lo demás era simple. Bastó presionar un resorte. La puerta se deslizó... y asomaron dos vigilantes más, uniformados de vivo color naranja, con casco blanco. Disparé sobre ellos sin la más leve vacilación. Una sola duda significaba morir, Y yo no quería caer, sin resistencia contra lo que fuese.

Dos nuevas víctimas. Y el paso franco. Luego... me vi ante unas bandas que conducían bolsas de plástico con la carne cortada en trozos regulares, de peso similar en cada envase, camino de alguna planta de enlatado. Su aspecto era apetitoso. Carne rosada, en salsa, dentro del recipiente plástico protector. Hileras de bruñidas latas plateadas, esperaban su carga en otros puntos de la industrializada zona.

Miré al lado opuesto. Un rótulo luminoso marcaba: «MATADERO». Una rampa ascendente conducía a otro sector del edificio industrial. Dudé, avanzando luego hacia ese punto, más por curiosidad que por otra cosa.

La rampa terminaba en una puerta deslizante, asomada al exterior. Verde césped jugoso se extendía ante mí, bajo las estrellas.

Más allá, en un edificio, unas bandas cargaban la carne, camino del sector de envase. Un sistema rápido, aplicaba el plástico a las raciones de carne surgidas de unos tubos automáticos. Pisé el césped. Asombrado, me detuve. Bajé la cabeza. Miré la hierba entre mis pies. Me incliné. Toqué aquella superficie verde, húmeda y brillante. Sentí verdadero estupor.

No. era hierba. Era plástico. Falso césped artificial. Miré ante mí, los pastos interminables, donde se alzaba el matadero. Me bastaron unos pasos más. Seguí frotando la hierba.

—¡Es mentira! —murmuré—, ¡No hay pastos! ¡Han extendido una enorme serie de moquetas de supuesta hierba verde!. Pero... pero entonces... ¿qué comen las reses? ¿Dónde están los pastos, realmente?

Vista bajo la noche, la extensión verde era toda igual. Igualmente ficticia también. Ni un vestigio de verdadera hierba. El milagro nazi era otra gran mentira del aparato increíble de su propaganda. Pero si no había Pastos. ¡No podía haber reses!

Corrí hacia el matadero, inquieto, preocupado, sin acabar de entender todo aquello, sin que viera explicación ah milagro dietético de herr Stern y su Partido. ¿De dónde salían las milagrosas latas de Adler, con carne nutritiva para la población hambrienta?

Apenas llegué a las amplias puertas de acceso al matadero, empecé a entender. Se me erizaron los cabellos. Cinco o seis soldados giraron la cabeza, al sentir el taconeo de mi calzado.

Estaban descargando un furgón. La carga pasaba a otras bandas en movimientos, camino de una trituradora mecánica cuyo zumbido era un contrapunto dramático a la horripilante escena,

¡Cadáveres de mujeres y niños, desnudos y lívidos, con la rigidez de la muerte, eran trasladados hacia la gran máquina! Era la respuesta.

CAPITULO VIII

—¡ESE hombre! ¡Es un intruso! ¡No lleva el uniforme de la Zona!

Era uno de los soldados quien gritaba. Me señalaba, frenético, y los demás, tras una instintiva ojeada a los cuerpos demacrados de los difuntos, se precipitaron hacia mí, enarbolando sus armas.

Corrí, huyendo de ellos, disparando mis propias armas. Abatí a dos o tres de ellos. No me paré a ver si caían más. Tenía que salir de allí, huir de aquel horror lo antes posible.

Ahora tenía la respuesta. La horrible verdad. Lo que Selena Payne sabía, como lo sabía el comandante Barrington. Y éste pensó que pudo revelarlo a su prometido o a su hermano. Por eso acabó con ella. Pero cometió el error de informar a las autoridades nazis. y fue ejecutado a su vez.

Un secreto bien guardado: Adler y su dietética maravillosa. Nunca existió. Ni granjas, ni cultivo de reses, ni superproducción de animales comestibles. Nada. Cautivos del campo de Albany. Y gente de otros campos. ¡El milagro nazi de la supervivencia!

Corrí como jamás había corrido. El miedo, el horror, í. i desesperación, me prestaban alas. A mis espaldas, sonaban gritos, disparos, carreras. Aun así, alcancé de nuevo, la planta de envasado. Golpeé la banda móvil. Derribé bolsas de carne, latas a medio cerrar, que entraban en el sector de precintado de hojalata.

Otro soldado asomó por un acceso, armado de rifle de cargas paralizantes. Disparé antes que él. Le vi rodar entre latas y envases plásticos con carne. Era repugnante imaginarse el origen de todo aquel horror alimenticio. Pero ya eso no me importaba nada. Estaba pensando en algo. En alguien. Grité, su nombre:

—¡Ivy! ¡Ivy!

Una voz lejana respondió inesperadamente a mi grito: —¡Stark!

¡Stark!

Asombrado, salté entre un caos de latas que rodaban estrepitosamente. Caía al otro lado de una abertura ovalada. y me encontré rodeado de mujeres con uniformes color naranja vivo. Ivy Markham corrió hacia mí, con una simpatía y una súbita fe que no podía esperar yo.

Las, demás se limitaron a rodearnos, asustadas. Pronto supe por qué, apenas mi brazo rodeó a Ivy, protectoramente, de un modo instintivo y vivaz!.

Unos hombres armados venían hacia nosotros. Nuevos soldados de color naranja. Armados con las terribles cargas paralizantes. A su frente, un oficial. Aparté a Ivy, me parapeté y les barrí con una ráfaga súbita, implacable, Sus disparos se perdieron en el aire. Cuando dos de ellos, los supervivientes, intentaron replicarme, las prisioneras cayeron sobre ellos.

Creo que, cuando terminaron con ellos, vengando las torturas sufridas en el Campo de Mujeres de Albany, no í: hubieran servido ni para ser enlatados como el resto de los productos Adler.

—¡Vamos! —ordené—, Hay que salir de aquí lo antes posible.

—Stark, si supiera. —jadeó Ivy—. El alimento nacional... Es...

—Sé lo que es. —la corté, tajante—. Resulta espantoso. Todo lo es, en este caso. Pero si el mundo sabe esta verdad, no aceptará los maravillosos regalos del Gobierno nazi. El hombre y el terror acabarán con este Régimen de pesadilla.

—Pero. ¿adónde iremos, Stark? —indagó ella, aferrándose a mi mano.

—¡No lo sé —la miré, fije—. Ivy, creí que usted... que usted me suponía un traidor.

—Olvídelo —murmuró ella roncamente—. Sólo fingí para ayudarle. Imaginé fácilmente lo que planeaba,

—Pero... pero fue Butler quien.

—Lo sabía. Sospechaba de él hacía tiempo. Y también mi padre. Advertí su gesto ese día, cuando iba vestido de nazi. y procuré colaborar con usted, en vez de darle a entender que sabía la verdad. Eso resultaría, sin duda, más favorable para usted.

—Gracias, Ivy. Creo que, realmente, me ayudó mucho. Quizá por eso estoy aquí ahora.

—¿Y luego? ¿Dónde estaremos, Stark?

—Sí lo supiera. —musité—. Mi deseo sería estar en el espacio, en la *Medusa*.

¿*Medusa*? —me miró, perpleja.

—Es mi nave. Llegué en ella. Venía de otro tiempo. No sé si mejor o peor, pero distinto. Quisiera volver en ella a alguna parte, lejos de aquí. Ojalá saltara oír a vez la elipse del Tiempo, para volver a mi momento.

—Stark. ¿Y yo? —musitó ella—. No puedo volver. Sería como... como no nacer.

No, Ivy. Yo también llegué de otro lugar. en ese espacio diferente llamado Tiempo. Y vivo ahora, tal como era entonces. Espero que suceda igual con usted, Si es que podemos irnos de este horror.

—Pronto tendremos a todo el nazismo sobre nosotros. Y son malos enemigos.

—De sobra lo sé. Especialmente, si comprenden, ahora, que podemos revelar la verdad al mundo entero.

—¿Existe alguna posibilidad real de salir de este infierno?

—No —confesé—. Ninguna.

—Vaya. Sí que es toda una esperanza. —susurró ella, sin desprenderse de mi mano, camino de alguna parte que ninguno conocíamos, bajo las estrellas y la noche,

—No sé si hay esperanza —murmuré—. Cuando menos, es preciso buscarla. Aunque sólo sea por simple afán de supervivencia.

Y continuamos corriendo. Recuerdo vagamente que abatí a algunos soldados más. No podría decir cuántos. Luego, alcanzamos el helipuerto de Albany, Me pareció providencial poder tomar uno de los helicópteros, y volar hacia la gran ciudad. Aunque no. sabía lo que podía esperarnos en ella. Y no podía ser nada bueno. Pero eso ya... ¿qué importaba?

—¿Qué importa ya, Martin? Nada importa realmente, a estas alturas.

Martin Bellamy, el coronel Martin Bellamy, del Nuevo Nacionalismo, me contempló, perplejo, mientras yo hablaba. Creo que mi audacia era tal, que logré paralizar sus reacciones.

—Jerry, siempre fuiste muy listo —habló fríamente, clavando en mí sus ojos penetrantes—. Sabía que eras un auténtico peligro, incluso dentro del Régimen. Pero confío en que esto quede entre

nosotros. Silenciaremos los sucesos de Albany, daremos un cargo oficial a tu amiga Ivy, ocultando su origen semita y nadie sabrá nada del secreto terrible de Adler y su comida enlatada. Comprende que... que el mundo necesita COMER. Y no hay alimentos. ¡no hay ganado, carne ni pastos!

—¿Y es digno continuar adelante ese plan demencia!, que nos convirtamos en una especie de monstruos estúpidos, que se devoran a sí mismos? —Stark, estudiaremos algo, entre tanto. De momento, esto debe continuar, pese a quien pese. Considera que me comporte muy noblemente contigo, tratando de hallar un medio amistoso de resolver el problema, sin entregarte a las brigadas ejecutoras, para tu liquidación inmediata, con tu secreto. Y, por supuesto, también a esa chica; Ivy Markham.

—¿Como hicisteis con Barrington, con Selena Payne, con tantos otros que conocían vuestro abominable secreto? —acusé.

—Está bien, está bien, Stark. Serénate. Podemos resolver esto amistosamente, sin que nadie sufra problema alguno. Calla lo que sabes, y subirás rápidamente al poder. Yo...

—No, Martin. No acepto convenios de ese tipo —rechacé.

Bellamy me miró, aturdido.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Si levanto ese teléfono, con una sola orden puedo aplastaros a ambos. Y lo haré, si no respondes afirmativamente, por última vez, a esta pregunta mía: ¿accedes a que, unidos, subamos muy arriba en este nuevo orden, silenciando la ver dad ante el mundo?

—¡NO!

—Bien. —sus ojos brillaron—. Tú lo has querido. Roy, creo que se mató, camino de, su campo de prisioneros. Lo siento por él. Ni un hermano, me detendrá. Cuando menos, un simple compañero de trabajo... en otros tiempos. Voy a dar la orden, Stark. Morirás. Y si me atacas, si usas la violencia, morirás igualmente. Apenas alce este teléfono, quedaremos conectados, con la red de control de Seguridad Nacional. E incluso con la emisora central del Partido.

Y dicho esto, alzó el teléfono, cuando ya le encañonaba. Podía matarle allí mismo. Pero eso no iba a resolver nada. Ahora, medio país oiría la detonación. Y nunca saldría vivo de allí.

* * *

Antes de que Martin Bellamy hablara por teléfono para dar su

orden definitiva, apareció la figura oculta en la sombra. Su voz sonó, glacial:

—Pronuncia una sola palabra por ese teléfono, Martin, y eres hombre muerto,

Miré al que hablaba. Me quedé estupefacto. No era difícil reconocerle, a pesar de su cabello tapado y más canoso.

—Profesor Kellerman. —murmuré—. ¿Usted aquí?

—Sí, muchacho —asintió con. tono seco—. No ternas. Bellamy no llamará a parte alguna. Ese teléfono está desconectado. Pero me gustaría que, cuando menos, lo hubiera intentado, para matarle ahí mismo. Claro que es demasiado cobarde para ello. Por eso se unió tan rápidamente a los malditos nazis.

—¿Y usted? ¿No es uno de ellos? —argumenté.

—No, Stark —rió entre dientes—. No lo soy. Tenía que fingirlo, simplemente. Como tú, en este último período de tiempo. De otro modo, los mil ojos de las SS y de su Super Gestapo, hubieran terminado conmigo.

Observé su mano armada, su aire sereno y firme. Bellamy, muy pálido, nos miraba a ambos, indeciso, ¿robó el teléfono, presionando sobre sus teclas. Debió temer resultado negativo, porque arrojó el objeto con ira, sobre su mesa.

—¿Qué significa esto, profesor? —preguntó espesamente—. El Partido va a hacer urna depuración muy seria, en las próximas horas.

—¿Seguro? —rió Kellerman, entre dientes—. Mi querido Bellamy, tu error es sentirte siempre demasiado seguro dé ti mismo. No tienes piedad, ni la conoces. Pagaste los esfuerzos de tu hermano Roy, enviándole a la muerte. Te aupaste al poder, y hubieras aplastado a quien fuera preciso para subir a lo más alto. Desgraciadamente, todo terminó para ti.

—No todo, Kellerman. Aún no habéis vencido, Soy el más fuerte.

—Te equivocas. Ya no eres nada. Y dentro de poco tampoco lo será tu Partido. ¿Imaginas a un mundo de miles de millones de seres, arrollando desesperadamente a soldados, banderas e. insignias, para destruir una tiranía como la vuestra?

—¡Nadie se atreverá a eso! —clamó él—. ¡Los pueblos nunca se unen por completo!

—Lo harán, cuando sepan lo que les dabais a comer, en vuestras

decorativas latas.

—¡Eso NUNCA lo sabrán ni lo admitirán! —clamó Bellamy, triunfante.

—Te equivocas, Martin —sonrió tristemente Kellerman—. YA LO SABEN TODOS.

—¿Qué?

Le mire, sin dar crédito a sus palabras. Algo, en el brillo de sus ojos, me hizo imaginar que decía la verdad.

—Cometiste un tremendo error, Martin Bellamy —sentenció el viejo profesor de Astronáutica—. Creíste que sólo conectabas con las emisoras del Partido, levantando ese teléfono. Lo cierto es que yo he adormecido con un gas letal a los empleados de los Estudios de radio nazi. y he permitido que tu charla edificante con Jerry Stark se difundiera por los micrófonos... hacia todos los lugares del planeta. Ahora, en otras muchas emisoras clandestinas, en octavillas y mensajes, en mítines y arengas, se está repitiendo hasta la saciedad la gran verdad de vuestro corrompido y triste régimen; ¡queríais conservar al mundo sometido, dándole a comer esa clase de horrible alimento! ¿Cómo va a reaccionar ese mundo engañado y furioso, querido Bellamy?

—¡Os mataré! —aulló Martin, lívido—. ¡Os mataré a ambos!

—Es tarde —murmuré fríamente, al verle dirigirse por su pistolera, para esgrimir un arma—. No sé si servirá de algo, pero esto es mejor que nada.

Y disparé. Y maté a Martin Bellamy, cuando pretendí esgrimir su pistola. Creo que lo único que hice, realmente, fue anticiparme a su propia acción homicida. La ley de la jungla seguía vigente, en el planeta.

Luego, siguió un profundo silencio, ante el cadáver petrificado, inmóvil para siempre, del mismo astronauta a quien yo buscara en el espacio, lanzándome, sin saberlo, a tan terrible e insólita aventura.

Kellerman me miró, pensativo. Yo bajé mi arma recién disparada.

—Si es fiel a los nazis, puede entregarme a ellos —murmuré.

—¿Te rendirías sin luchar? —se sorprendió Kellerman.

—No sabría luchar contra usted, profesor.

—¿Ni aun siendo tu enemigo?, —sonrió él.

—No lo sé. Pero creo que no es mi enemigo.

—No, no lo soy —admitió gravemente—. ¿Qué pretendes hacer ahora? Te ayudaré, Stark.

—Si supiera lo que debo y lo que puedo hacer. —sacudí la cabeza—. Pensé en tomar la cápsula espacial, la *Medusa*. con Ivy.

—¿Y por qué no, Stark?

—Yo me pregunto: ¿adónde huir, profesor? Estoy en mi mundo. Sólo que. Llegué demasiado tarde.

—¿Y si llegaras *antes*? *En* tu momento, quiero decir.

—Todo sucedería igual, ¿no crees? —dije con fatalismo,

—Es posible —sonrió él enigmáticamente—. Pero hay que hacer algo, huir a alguna parte.

—¿Adonde, profesor?

—Yo te lo diré —me miró extrañamente—. A tu lugar en el Tiempo, en el Espacio. En suma, al sitio de donde nunca debiste alejarte, aunque no fue tuya la culpa, sino de una serie de factores matemáticos o cósmicos, que se compaginaron para crear este caos en tu vida, muchacho.

—¿Podría tomar la *Medusa*, saltar al espacio. y volver a mi época, dieciocho años atrás? —indagué, dubitativo.

—Inténtalo, cuando menos.

—Y entonces. ¿Podría vivir, pensando que esto iba á suceder alguna vez en el futuro, irremisiblemente?

—Nada es irremisible, Stark.

—Lo es todo aquello que ha sucedido, sucede o sucederá. Esto sucedió *mañana*. Pero sucedió profesor.

Usted debe entenderlo. Y nadie puede alterar el destino.

—Mi querido amigo, yo me pregunto... Me pregunto qué sucedería en el mundo si Napoleón no hubiera nacido. O Hitler. O cualquier otro. La Historia hubiera sido diferente, sin, duda.

—¿Adonde va a parar?

—A esto: un demente, un fanático llamado Alfred von Kaiser, desencadenó esto. ¿Hubiera sucedido igual... si Alfred von Kaiser no hubiera llegado a vivir en el momento de su rebelión triunfante?

—No sé. Supongo que no, profesor.

—Esa, en cierto modo, puede ser la respuesta que buscamos —me miró, risueño. Luego, señaló la salida—. Vamos ya. La gente sabe lo de las latas Adler. El mundo se convulsionará, mañana

mismo. Habrá un baño de sangre, sin duda, pero el nazismo, se derrumbará, víctima de su propio sistema. La gente preferirá morir, a esperar pasivamente su horrible destino. No podrán frenar a la masa humana, por mucha que sea su fuerza, estoy seguro. Para entonces, debéis estar Ivy y tú camino de alguna parte.

—Camino. ¿De dónde?

—No lo sé. La respuesta está en vuestro futuro, en vuestro destino, en vuestras estrellas, Stark. Esa nave sólo admite a dos viajeros. Id en buena hora.

—¿Y usted?

—Yo debo quedarme aquí. Este sí es mi lugar, mi destino, mi sitio exacto. Te asombrarás cuando sepas la jugarreta que te reservó increíblemente tu destino. Ahora, en marcha. Por el camino, te contaré algo. Aunque no sé si lo entenderás. ni siquiera si valdrá la pena que lo sepas.

Poco después, un vehículo especial nos conducía, en la madrugada, camino del Cosmódromo. Había ya movimientos militares en las calles, tiroteos y choques, motines por doquier.

El pueblo se alzaba contra la tiranía. Sabían que su destino era morir de hambre c devorarse a sí mismo. Y elegían el camino rápido: morir c matar.

—Profesor, me gustaría. me gustaría saber. qué es lo que me oculta —dije, tras un largo silencio, ya con el perfil del Cosmódromo en la distancia, recortándose contra las estrellas.

Kellerman me miró fijamente. Luego, sonrió de modo extraño. Sacudió la cabeza.

—Hay cosas que el hombre no entiende fácilmente, muchacho —declaró.

Miré a Ivy, sentada a mí lado, encogida y medrosa. Detrás nuestro, quedaban muchas cosas ahora: su propio padre, el Movimiento *Mabuse*, sus amigos... Kellerman nos había convencido de que todo eso, con ser importante, no lo era demasiado para nuestras vidas. Y nosotros seguíamos sin entender.

—Profesor, ¿qué está tratando de decirnos? —quise saber.

—Mi querido Stark, la cuestión es compleja. No sé cómo empezar, Pero sí cómo terminar. Y, tal vez lo mejor sea hacerlo así: por el final. Decirte qué es. Decirte qué, es, exactamente, lo que sucede.

—¿Y. qué sucede? —sonreí.

El vehículo viró en una curva de la amplia carretera. La ciudad, a nuestra espalda, era ya un hervidero de disparos, de incendios de violencia desatada. Una violencia que pronto se extendería a todos los rincones del mundo.

Kellerman, tras un silencio, nos contempló gravemente. Luego, me dijo lo más increíble que jamás pude llegar a oír a nadie en toda mi vida:

—Stark, tú... tú no estás en tu mundo,. Realmente... Esto. ESTO NO ES EL PLANETA TIERRA.

CAPITULO. IX

—**E**STO... *no es el planeta Tierra*. :Nunca lo ha sido.

Repitió la frase insólita y fantástica, aprovechándose del silencio estupefacto que siguió, a su declaración. Ivy. y yo nos miramos. Conducía serenamente el profesor. Como si hubiera, dicho algo completamente normal y rutinario.

—Profesor, creo que no es momento para bromas. —repliqué secamente.

—¿Bromas? —se echó a reír—. Stark, muchacho. No. hay broma alguna en mis palabras. Te he dicho una realidad tremenda y. desnuda, que tú jamás hubieras imaginado, Ivy, no debes mentirle. Dile la, verdad, te lo ruego.

—Profesor, yo... —ella abrió mucho sus ojos—. Yo siempre he sabido que sí es la Tierra.

—¿Lo oye? —me irrité—. Sus burlas no son oportunas, compéndalo.

—Pequeña Ivy...—suspiró Kellerman—, Ella no ha sabido nunca la realidad. A mí me costó averiguarla. Mucho tiempo... Justamente desde. que: llegó. Martin Bellamy. Entonces comprendí que, en todo esto había un error. Ciertamente que un Martin Bellamy figuraba como desaparecido, desde dieciocho años antes. Pero había elementos extraños que me intrigaban. Todo parecía igual, como el reflejo en un espejo. Mi teoría parecía cosa de locos. Y, de repente, lo entendí. Era solamente eso, un espejo. Y, por tanto, sólo la duplicidad de una imagen...

—Profesor, no enriendo nada. Eso suena a disparate puro. ¿Seguro que razona bien, que no le han trastornado las emociones de estos días?

—Seguro, amigo mío. Todo sucedió porque examiné las cartas

celestes de la nave *Centauro*. Y entonces lo descubrí. Vosotros sois del Sistema Solar de la Vía Láctea. Nosotros, del Sistema Solar de... de una Galaxia que no oíste nombrar jamás.

—¡Profesor! ¿Delira? —me escandalicé.

—No, amigo mío. No deliro. Hablo como científico. En la inmensidad del Cosmos, por un fenómeno que nunca entenderé, hay Sistemas paralelos como hay MUNDOS PARALELOS, reflejo el uno del otro. Tan fiel reflejo, que somos idénticos en lenguajes, ciudades, historia, curso de los acontecimientos, personas, épocas, momentos. En suma: EN TODO. Sé que suena a imposible, pero es real. Es más, Stark: yo juraría, sin estar seguro de ello, que éste es OTRO Universo con OTRAS GALAXIAS y otros mundos. Es... como una distorsión fabulosa, un absurdo e inconcebible juego de espejismos geológicos, humanos y mentales, que hacen duplicarse cada uno de los mundos. Y así, SIMULTÁNEAMENTE, se repiten los hechos en planetas remotos entre sí, increíblemente alejados uno de otro. Hasta tal punto, que incluso en tu planeta hay un Kellerman, y en el mío un Stark, un Martin Bellamy o cualquier otro

—Pero, profesor, ¿qué puede servirle de base a tan disparatada teoría? Cualquier investigador la rechazaría, escandalizado.

—Lo sé. En tu mundo y en el mío —sonrí—. En todas partes sucede igual, porque *todo* es IGUAL, recuérdalo. Tuvisteis un Aníbal, un Napoleón, un Hitler. y nosotros también. Pero no eran los mismos, sino copia uno de otro, exacto reflejo de un personaje, un hecho, una mente y un destino, de aquel otro situado en otro planeta. Este mundo nuestro, del que nunca preguntaste el nombre, se llama... se llama TIERRA DOS. Ivy, tú sí sabes eso.

—Sí, pero eso se olvidó hace siglos.

—Olvidar algo, no es forzosamente negar su existencia. Stark, amigo mío: creo que, por una serie de circunstancias que nunca entenderemos los humanos de ningún planeta gemelo, cada mundo habitado tiene su «doble» exacto, en el mismo, o en otro Universo también «gemelo»; La eternidad y el infinito son tan enormes, tan inconmensurables. que cabe esa posibilidad fantástica. Acaba de probarse. Somos iguales en todo. i. excepto en nuestras estrellas. Fíjate bien, y recuerda tu mundo, Stark. Proyecta la carta celeste de 1998. y observa si se parece á ese cielo estrellado que ves ahora ante ti. Estoy seguro de que NO.

Miré al cielo, impresionado. De repente, vi formas raras, agrupaciones insólitas de astros. Acaso antes, mecánicamente, llegué a advertirlo, pero, jamás pude imaginar.

—Cielos. —murmuré—. *Parece...* parece que sí, pero es... ¡es imposible!

—Nada es imposible, realmente. Del mismo modo que saltasteis el factor Tiempo... creo que Bellamy y tú, por un mismo error o accidente, saltasteis también el factor Espacio. e incluso la propia estructura universal se alteró para vosotros. Pasasteis una barrera increíble, hasta llegar a nosotros. De haber sucedido en vuestro momento exacto, jamás os hubierais dado cuenta. Ni quizá yo tampoco. Pero mis investigaciones no admiten dudas. No sois de este mundo. Ni yo, del vuestro. Allí; si lográis llegar, salvando de nuevo la barrera invisible que vuestra nave saltó, encontraréis a otro profesor Kellerman que, sin duda, nada sabrá de mí, aunque sí obrará de modo parecido o idéntico, porque somos copia uno de otro, como seres reflejados en un espejo gigantesco: el propio Universo o Universo Dos.

Sentí un escalofrío ante aquella aterradora posibilidad, sugerida por el profesor. Y miré a Ivy con terror repentino.

—Entonces ella... ella NO PUEDE venir a mí mundo.

Pertenece a éste, profesor. Allí habrá otra. OTRA Ivy.

—Por supuesto. Otra Ivy que, si llegáis en vuestro momento preciso, será una pequeña criatura, dieciocho años menor que ella —sonrió—. Si llegas allá, *Giro* Jerry Stark volverá, a Tierra Dos... pero, en su momento en el Tiempo. Y nunca os encontraríais ambos, sujetándonos a una fría lógica matemática.

—¿Entonces.?

—Pero, amigo mío, ¿qué ha sucedido ahora contigo, con los hermanos Bellamy.? Ellos sí han vivido y muerto en otro planeta y otro tiempo que no era el suyo. ¿Por qué no probar otra vez la falta de lógica de las Matemáticas. o la diferencia que existe entre lo puramente matemático y lo puramente humano? Probad, muchachos. Probad. y tal vez resulte todo bien.

Estábamos llegando al Cosmódromo. Yo aún no podía admitir que aquel planeta fuese otro planeta, otro cielo, el que nos cubría, otro Universo, aquel en que nos movíamos. Sin embargo, recordé que muchas cosas *me* habían parecido diferentes. Las atribuí a la

distinta época, pero quizá era otra cosa. Algo más sutil que eso.

—Profesor —dije, de repente, con cierto temor en la voz.

—¿Si, Stark? —me miró, curiosamente.

—Profesor, si esa fantástica teoría fuese cierta, habría UN Alfred von Kaiser en la Tierra, también...

—Por supuesto. Esperando su momento, en el futuro —asintió, ceñudo—. En tu época, Stark, él tendría poca edad. Sería un muchacho aún inofensivo. Si te fuera posible localizarlo, si él muriese. todo sería diferente en el futuro. Esto. no* sucedería jamás.

—Profesor Kellerman, no puedo, cometer un crimen para salvar a mi planeta de su destino. Siempre dudaría si hice lo que era debido, o maté por una obsesión ridícula, a un ser inocente por completo.

—Lo entiendo. Sé que no, lo harás, y eso hará que lo ocurrido llegue a ser inexorablemente cierto también. En fin, allá tu conciencia y tu destino, muchacho. Yo os he avisado del gran peligro. Lo demás. es cosa vuestra.

—Aún no hemos llegado a la Tierra, si su teoría es cierta profesor —rechazó vivamente.

—Espero que lleguéis alguna vez —sonrió, deteniendo el vehículo en la verja de entrada. Los soldados de guardia se aproximaron. El nos avisó entre dientes—: Dejadme a mí. Yo sé cómo manejar, esto, aún ignoran que estoy contra el Partido.

Se acercó. Momentos después, pasábamos con el vehículo, sin problemas, alcanzando el hangar donde se hallaba la cápsula espacial *Medusa*. Nos detuvimos ante ella. Kellerman paró en seco.

—¿Se queda, profesor?—interrogué.

—Sí, Stark. Yo pertenezco a este mundo —dijo él—. Si he cometido un error, te lo diré cuando volvamos a vernos... dieciocho años antes. Si no. estarás convencido de que yo tenía razón. Pero no vale la pena que lo comentes con nadie. Te tomarían por loco. Piensa, piensa que no es fácil que nadie acepte la existencia de otro planeta gemelo al nuestro, con idénticas personas ciudades y sucesos que vivimos aquí cada día. Pero hay maravillas mayores en el Universo que conocemos. Y en los millones de Universos que, tal vez, existen en lo infinito. Y donde nada empieza ni termina. ¿Puede sorprendernos que haya DOS planetas Tierra, dos soles, dos

sistemas solares idénticos, cuando existieron siempre dos personas gemelas, idénticas entre sí, sólo en un pequeño círculo humano?

Creo que en ese momento, me convenció Kellerman. O Kellerman Dos, como creí que debía catalogarle. Le tendí la mano, antes de abrir la escotilla de mi nave espacial.

—Sea cual sea la respuesta profesor, adiós —dije—. Y gracias por todo.

—Adiós, Stark. Adiós, Ivy. Buen viaje. y que encontréis vuestro planeta. Sea donde sea.

EPILOGO

CUANDO despegamos en la noche estrellada, y saltamos hacia el inmenso azul, que pronto se hizo negro en turno a la nave *Medusa*, muchas cosas quedaron definitivamente atrás para ambos.

Recordé a Roy Bellamy, a Kellerman... como, sin duda, Ivy recordaba a su padre, a Sewell, a aquel Movimiento *Mabuse*. Incluso libros, películas, historia. Todo tenía que ser como en Tierra Uno, si Kellerman Dos tenía razón.

Dejábamos un mundo convulso, conmovido por un conflicto total contra un régimen odioso y nefasto. Hasta en eso éramos gemelos si, realmente, había dos mundos llamados Tierra, en dos Sistemas Solares, en dos Universos, acaso separados entre sí por trillones de años luz, en una dimensión ignota e insospechada, qué, por un prodigio cósmico, nuestra nave había salvado, aquel día.

Pero yo no podía olvidar que esa convulsión y. ese horror tenían un nombre: Alfred von Kaiser. Y que, si todo era igual en ambos planetas, nuestra Tierra conocería, un día, a su propio Alfred von Kaiser, a su régimen de terror y opresión.

—¿Piensas en todo lo que dijo Kellerman, Stark? Me preguntó Ivy, de pronto, acercándose a mí, en la blanca, aséptica y luminosa cabina de la cápsula espacial

—Sí, Ivy —admití con voz ronca—. Me pregunto... me pregunto si realmente, tendremos algún día respuesta cierta, si alguna vez estaremos realmente seguros de algo.

Ivy me miró, rodeándome con sus brazos afectuosos necesitados de cariño y comprensión.

—No —sacudió la cabeza—. No, Jerry. Me temo que no.

Lo cieno es que la nave encontró su rumbo.

Descendimos, un día, en el Cosmódromo de los Estados Unidos.

No había gallardetes nazis, ni retratos de ningún Führer, ni indicios de un trágico IV Reich.

Era el año 1980. Los Estados Unidos mostraban su bandera de barras y estrellas, y había rumores de posibles problemas entre las grandes naciones, pero eso era todo.

Tuvimos problemas, al tomar tierra en el Cosmódromo. Por un trágico error, un vehículo militar fue arrollado por nuestra nave, poco antes de posarse, y estuvimos a punto de sufrir, también, las consecuencias de la colisión.

Por fortuna, la *Medusa* se rehízo, sin incendiarse su combustible nuclear, a fotones. Una vez detenidos, el profesor Kellerman vino a recibirnos. Mostró su sorpresa ante; la presencia de Ivy. Tenía una historia plausible preparada al efecto, para justificar la presencia de ella y la ausencia de Roy Bellamy. Pero antes, quise saber que había sucedido. Miré a Kellerman, sin. Descubrir en él huella alguna de recordar una conversación, mantenida al partir de aquel mismo lugar —o uno idéntico— en 1998.

—Profesor, ¿qué ha sucedido? —quise saber, viendo partir. una ambulancia, desde la pista donde ardía un vehículo.

—Oh, un trágico error de un joven oficial de las Fuerzas Aéreas, que estaba de visita hoy en la Base —suspiro Kellerman encogiéndose de hombros—. Se metió en la pista a destiempo, y nadie pudo evitnrlo.

—¿Ha muerto?

—Sí, en el acto. Era un joven teniente. Americano de nacionalidad, pero nacido en Alemania, de padres austriacos. Teniente Alfred von Kaiser, era su nombre.

Nos miramos Ivy y yo. Creo que ambos nos comprendimos en aquel fugaz instante. Luego, miramos a Kellerman, que no parecía dar mayor importancia al hecho

Miré al cielo. A las estrellas en el azul de aquel atardecer límpido. Eran diferentes. Muy diferentes, pensé

Pero lo cierto es que no lo sabía. Nunca lo sabría. Nunca estaría seguro, pero...

FIN

Notas

¹ En los tiempos iniciales del nazismo, Fritz Lang, evadido de la Alemania de Hitler posteriormente, realizó la película «El testamento del doctor Mabuse», en la que el citado doctor simbolizaba la crueldad y el poderío tenebroso del nacionalsocialismo. < <